

CUALQUIER COSA, MENOS QUIETOS

UNIVERSO CENTRO

Número 19, Diciembre de 2010 - Distribución gratuita - www.universocontro.com



Editorial

Mientras llueve

Juan Carlos Orrego

Lo que más se ha dicho de la lluvia pertinaz en que ha venido desliéndose el país durante los últimos meses es que se trata de un fenómeno sin precedentes en nuestra historia (o, por lo menos, que el cielo no había llorado tanto desde los días de la presidencia de Laureano Gómez, a quien —quizá también por eso— llamaron el “Hombre Tormenta”). Sin embargo, por más que cueste trocar los convencionales garajes inundados en el barrio Conquistadores por las avalanchas asesinas de cada semana, la verdad es que, incluso, el asunto de las lluvias de hoy es “crónica de una muerte anunciada”.

La alusión a la obra de Gabriel García Márquez no es casual. En el más sacro de sus evangelios, Cien años de soledad (1967), unas líneas aparentemente exageradas ya pintaban con pasmosa exactitud de profecía maya nuestro mojado presente: más allá de su hiperbólica duración —“cuatro años, once meses y dos días”—, la lluvia de Macondo se interrumpía sólo para volver con mayor ímpetu; los techos volaban, las matas se salían de sus eras y surcos o nacían en medio de las máquinas, las camas eran islas entre charcos, la ropa bordada se oxidaba, resultaba ingrato calzarse zapatos y los peces entraban a los aposentos. Que nadie se engañe creyendo que nuestra villa se alza lejos de esa legendaria comarca costeña: como se sabe, poco faltó para que los mismos peces se colaran por las puertas del sector de Santa Teresita, durante el vendaval del pasado 23 de noviembre.

Lo que imaginan aquellos que tenemos por febriles soñadores literarios es, más que invención, producto de la buena observación o del exquisito cálculo. Para no salirnos del ámbito de Gabo basta recordar aquellos árboles cuyos frutos eran mejillones, que tanto han maravillado a los lectores europeos y que sin ningún esfuerzo pueden ver, después de la cotidiana celebración de la pleamar, los humildes habitantes de los manglares. Del mismo modo, la idea de una lluvia apocalíptica le habrá llegado a García Márquez porque la pescaron sus sentidos en alerta y no porque, en medio de la mollicie, se la hubiera soplado una musa delirante. Algún vaho inequívoco olisqueó en el aire nuestro Nobel, habida cuenta de que, apenas un año atrás, a Fernando Soto Aparicio también se le había ocurrido un argumento pasado por agua: el de Mientras llueve (1966), en que las goteras caen desde la primera hasta la última página. Dos décadas

y media después, la pesadilla revivió en Los dioses descienden al amanecer (1990), novela del escritor barranquillero Rafael de J. Henríquez. Allí, en medio de una intriga planetaria urdida por gringos y rusos, las tormentas golpean el mundo hasta casi borrarlos: los mares invaden los continentes, las cordilleras son nada más que lodo apelmazado y las ciudades se deshacen como cubos de azúcar.

Si el río suena, piedras lleva; si los escritores se obsesionan con la lluvia, es porque los envuelve su estrépito. Ya sea porque las imágenes de la literatura son registro o alegoría de la realidad, porque esas sugerencias son textualmente transmisibles de unos papeles a otros o porque, simplemente, el nuestro es un país con vocación pluviosa, lo cierto es que lo que era pura ambientación novelesca acabó siendo materia de los informes oficiales. Hace ya mucho rato que los cataclismos cumplidos y por cumplir reposan en los tratados de los científicos del clima y de la tierra, así como en las agendas color naranja de los estudiosos de los desastres. El alud pantanoso de La Gabriela, según se supo, ya había sido pronosticado en un diagnóstico del 2005: “es factible que se presente una infiltración de aguas, saturación del terreno, generación de empujes hidrostáticos y movimiento en masa hacia el sector de Calle Vieja”, dijo el Jeremías de turno.

Aunque muchos se empeñen en hacerle el cajón, clavetear la tapa y llevarlo por su cuenta al cementerio, Sigmund Freud aún no ha perdido su vigencia. Y, de acuerdo con el célebre psicoanalista austriaco, cada uno de nosotros cree, inconscientemente, que la muerte es el destino de los demás y no el propio: otros contraerán el sida después del round en las sábanas, otros perderán la vida por no entregar el reloj, otros abordarán el vuelo marcado por la fatalidad y a otros sepultarán las montañas vencidas por las lluvias. Eso sí, el Dr. Freud ni siquiera sospechó que esa peregrina confianza también podía ser corporativa e institucional; no imaginó que nuestro Leviatán podía decir: “Que se estudien con más detenimiento los informes de los expertos, que se acumulen los cartapacios y que se aplacen las reubicaciones: a otros sepultarán las montañas vencidas por las lluvias”.

En el ojo del huracán del crudo invierno, nos queda la impresión de que nada va a hacerse más allá de elevar rezos y recaudar dinero por artes de beneficencia o tributación forzada. Estamos como en las últimas líneas de la novela de Soto Aparicio: “Guardaré el diario en el cajón de la mesita, para que sus páginas se consuman al mismo tiempo que mi cuerpo. Y esperaré la muerte —Amiga Muerte—, mientras afuera llueve”. ☞

“

Llovió cuatro años, once meses y dos días. Hubo épocas de llovizna en que todo el mundo se puso sus ropas de pontifical y se compuso una cara de convaliente para celebrar la escampada, pero pronto se acostumbraron a interpretar las pausas como anuncios de recrudescimiento. Se desempedra el cielo en unas tempestades de estropicio, y el norte mandaba unos huracanes que desportillaron techos y derribaron paredes, y desenterraron de raíz las últimas cepas de las plantaciones. [...] Lo malo era que la lluvia lo trastornaba todo, y las máquinas más áridas echaban flores por entre los engranajes si no se les aceitaba cada tres días, y se oxidaban los hilos de los brocados y le nacían algas de azafrán a la ropa mojada. La atmósfera era tan húmeda que los peces hubieran podido entrar por las puertas y salir por las ventanas, navegando en el aire de los aposentos. [...] Fue necesario excavar canales para desaguar la casa, y desembarazarla de sapos y caracoles, de modo que pudieran secarse los pisos, quitar los ladrillos de las patas de las camas y caminar otra vez con zapatos”.

Gabriel García Márquez, Cien años de soledad

CORPORACIÓN COLOMBIANA DE MEDIOS UNIVÉRSO CENTRO

Universo Centro. Publicación mensual.

Dirección y fotografía: Juan Fernando Ospina.

Comité editorial: Sergio Valencia, Guillermo Cardona, Fernando Mora, Pascual Gaviria.

Corrección: Sergio Valencia - Diseño y diagramación: Lyda Estrada.

Prensa: Catalina Trujillo - Distribución: Érika y los Gustavos.

Coordinación comercial: Velia Vidal - Correo: universocentro@universocentro.com.

Twitter: @UniversoCentro - Facebook: Universo Centro.

Es una publicación de la Corporación Universo Centro.

Número 19 - Diciembre 2010 - 7.000 ejemplares. Distribución gratuita. Impreso en La Patria.

www.universocentro.com

Las ciudades que riman con Medellín

Héctor Abad Faciolince



Que yo sepa, salvo algún escondido pueblo africano o asiático, las ciudades importantes que riman con Medellín son las siguientes: Turín, Berlín y Dublín. Por un extraño azar poético la vida me ha llevado a vivir en dos de esas ciudades con rima (Turín y Berlín) y por otro azar más prosaico (trabajo como niñera, que en lenguaje eufemístico se dice au-pair) mi hija vivió en Dublín. Hay ciudades que riman con cosas (Caracas con maracas, Roma con aroma, París con anís) y ahí se crea cierta afinidad, pero la verdadera afinidad secreta se da entre las ciudades que riman entre sí. Bogotá, por ejemplo, está emparentada con Panamá, y allá ellas; Barcelona con Verona, y no está mal. Antioquia, en cambio, es como la palabra lámpara, que no tiene rima y por lo tanto está condenada a ser huérfana para toda la vida, una especie de gemelo al que se le murió el mellizo al nacer y por el resto de la existencia se siente incompleto.

Una creencia poética muy difundida, y muy supersticiosa, dice que las cosas que riman tienen afinidades electivas, una química escondida que las vuelve parientes. La más obvia es amor con dolor y ustedes me dirán que no está bien. De esta manera Turín, que es la capital mundial de las ciencias ocultas, le envía a sus parientes (Medellín, Dublín, Berlín) emanaciones de oscuridad. Cada año se hace en Turín un congreso de médiums, y desde allá nos llegan, entonces, toneladas de magia negra a las ciudades correspondientes, porque los fantasmas tienen muy mal oído, y a veces se confunden. Iban para Berlín, y acaban en Dublín; iban para Turín, y vienen a dar en Medellín. Por eso debería haber una liga de ciudades con rima. Como la liga hanseática: la liga de las ciudades que terminan en in. Las ciudades in, mejor dicho.

Me doy cuenta de que estoy escribiendo un perfecto delirio. En realidad estas rimas de Medellín no tienen ninguna importancia. Pero ¿por qué putas habré terminado yo teniendo relaciones tan íntimas con ciudades que riman? Viví también en Madrid (y con esta ciudad la rima es asonante, no consonante, pero algo es algo). O tal vez simplemente estoy escribiendo un artículo para chicanar y poderles contar que he vivido en muchas ciudades. No lo crean: faltan datos de otros municipios. Lo único que quiero hacer, en el fondo, es señalar este estupor que siento, aunque no tenga sentido: siempre he vivido en ciudades que riman entre sí. O casi.

Voy a decir de cada una una cosa: Nunca viví tan solo como en Berlín; pero tenía bicicleta. Y en los parques de Berlín, en verano, todo el mundo se empelota: niños, jóvenes, viejos, gordos, flacos. Es una dicha: esos alemanes en pelota como africanos pálidos, de regreso a la vida silvestre. Eso no pasa mucho en Medellín. Me iba en bicicleta

a los parques con lago y me empelotaba como un africano más, como un berlinés más, y nadaba feliz. Al rato se me olvidaba que estaba desnudo. Una dicha natural. Estudié en Turín; tenía 23 años y nunca volví a ser tan feliz.

¿Por qué? Tal vez porque nunca leí tanto como cuando viví en Turín. No viví en Turín; viví en los libros que leí en Turín. Y allá nació mi hija, la que se fue a vivir a Dublín, a cuidar cuatro niños en una casa de dublineses y a estudiar inglés. Pasó feliz e hizo el recorrido de dédalo del señor Leopold Bloom, el de Joyce. Una de las cosas que quiero hacer antes de morir me es ir alguna vez a Dublín.

Me falta Medellín. Pero a mí no me gusta hablar de Medellín porque esta ciudad es cosa seria y yo prefiero decirle Angosta, por lo estrecha que es, estrecha en el sentido literal y geográfico, pero también en el sentido figurado: de mente así. Yo tuve un bisabuelo escritor que nació y murió en Bucaramanga. Bucaramanga, que yo sepa, es otra ciudad huérfana que no rima con ninguna otra ciudad del mundo. Pero a lo que voy: mi bisabuelo le hizo a Bucaramanga un libro de crónicas muy bonito, que escribió en la vejez. Y al terminar el libro le dedicó a su ciudad unas palabras tan hermosas y conmovedoras que yo las quiero copiar para dedicárselas, por mi lado, a Medellín. Dicen así:

“Mi libro es un modesto monumento levantado en honor de la hermosa localidad que fue la Patria de algunos de mis virtuosos y venerables antepasados, en donde por el favor de Dios vi la primera luz del día; de la que me guarda las memorias del pasado, los recuerdos de la infancia, el eterno cariño de la dulce compañera de mi hogar, el afecto de muchos corazones leales, la cuna de mis hijos, mi actual asilo y mi probable tumba”.

P.S. Después de terminar se me viene a la cabeza Pekín; pero los esnobos ahora dicen Beijing. ¿Qué decir sobre esa rima tan lejana, Pekín? Que como somos ciegos a las facciones asiáticas, en esa ciudad todas las caras parece que rimaran unas con otras. Y no es así. ☞

4

SANGRE SICILIANA

6

EL GUARDIÁN DE LOS LIBROS

8

EN LA BOCA DEL GLOBO

11

x-504

12

ARTE CENTRAL

14

FAVELAS

16

POLICARPA

18

TRES BARRANCAS

Sangre Siciliana

Manel Dalmau



El avión aterriza sin angustiosas vibraciones en el aeropuerto Punta Raisi, Palermo, Sicilia.

Alitalia todavía no ha entrado en coma y durante un vuelo limpio de nubes han quedado atrás el Mar Tirreno, el Vesubio y la isla de Capri. La costa siciliana está protegida por montañas maquilladas de aridez y de silenciosos mitos como el de Salvatore Giuliano. A lo lejos, se descubre el perfil del Monte Pellegrino, un titán que protege la ciudad de Palermo. Un metro puntual se coge en el mismo aeropuerto, que popularmente es llamado Falcone-Borsellino, en homenaje a dos mártires de la justicia asesinados por la Cosa Nostra corleonesa. 34 kilómetros son insuficientes para digerir la cantidad de historias que le esperan al nómada con ganas de sumergirse en una ciudad tan antigua como el vino.

Manchiatto o ristretto son las primeras palabras que uno pone en práctica, es temprano y hay ganas de tomar mucho café en una de las pastelerías más concurridas de la Piazza Giulio Cesare. Desde la misma plaza, dos avenidas que se separan en forma de V. La Via Roma y la Via Maqueda, dos arterias que atraviesan con rabioso tráfico la capital siciliana y que dan acceso a muchos secretos.

Palermo es una ciudad curtida a base de aguantar los golpes de los hombres de respeto, capos que antes del estado y la religión decidieron proteger a las familias. En Sicilia ha perdurado una voraz y silenciosa protección por la familia, siempre, muchas veces impulsada por el miedo, otras, caracterizada con la resistencia a perder la identidad, tantas veces sacudida en esta isla. El viajero ya había abandonado con desencanto a una Barcelona multicolor y en Jerusalén descubrió una profunda crisis de fe. En Palermo se enfrentaría a su propia omertà, deambulando sin brújula y recorriendo los callejones de una ciudad con trucos fenicios, estoicismo griego, temperamento cartaginés, justicia romana, brillo bizantino, aromas árabes, llantos normandos, sangre española y sobriedad austriaca.

En el puerto de la Cala, dibujado en plena bahía que se abre de piernas ante un Mediterráneo goloso, tremendos adoquines de hormigón se convierten en colmillos que parten el oleaje de la marea a dentelladas, salpicando la mirada unas veces con espuma descarada, otras, con exceso de sal. Al Porto Civile llegó en 1959 Tom Ripley para asumir por última vez la personalidad de su amigo Dickie Greenleaf, un joven al que había asesinado semanas antes en Niza. Iba acompañado de una máquina Hermes portátil modelo del 59 para falsificar los documentos del desaparecido Greenleaf y se instaló en el recargado Hotel Palma. El viajero decidió seguir los lugares por donde pasó este legendario personaje que aparece en cinco magnéticas novelas de Patricia Highsmith.

La ciudad se puede recorrer sin problemas a pie, buscando los laberintos que arrastran viejas fachadas con el sombreado del vecindario tras los balcones, casas desocupadas con garabatos anunciando "Guido ti amo" o frases escritas en dialecto siciliano que perduran con el tiempo como pequeñas crónicas de la conciencia de la ciudad, palazzos descomunales, unos transformados en hoteles de lujo, otros malviviendo con la vejez de una aristocracia fuera de tiempo y pasada de maquillaje, y gastar horas abiertas en compañía de pupis medievales que recrean las viejas batallas contra los invasores.

Es la tierra trémula de los mercados populares. El viajero se pierde con los sentidos extraviados por los alrededores de la Piazza San Doménico, donde existe un mercado popular con aspecto de zoco árabe. Es Il Mercato della Vucciria, burbujeante, sonoro, con vendedores sobrados de simpatía y un festival de productos de la tierra y del mar. Las pupilas del nómada se dilatan seducidos por los capellini, los linguine y los vermicelli, expuestos sobre manteles blancos, bucatini, taglierini y espaguetis reposan bajo la mirada atenta de una estatua de mármol, pappardelle, fettuccine, farfalloni, case-reccia (estrangula curas), penne, gnocchi, fricelli, rissoni, ravioli y otras pastas rellenas se amontonan por las paradas de las mujeres que recitan los precios como sonetos de amor.

También es el mercado del rodaballo, el lenguado, el salmónete, el bacalao, y la lubina, bañados en sal marina y que descansan sobre un manto de hielo picado. Las cestas recargadas de aceitunas de piel azabache, alcahofas gigantes, pimientos rojos, verdes y amarillos o esas berenjenas que con su sola presencia anuncian ser el único producto que se cocina en todas las diversas culturas del Mediterráneo, llevan al viajero hasta el centro vital del barrio: La Taberna Azuzura. Pequeña, adornada de vino dulzón, de moscatel árabe, de Marsalia o de la seductora Malvasia. El mejor de todos los vinos, embriagador y espeso, es el apodado sangre siciliana, servido en pequeños vasos de culo grueso desde un depósito donde una vez hubo agua. Es un vino casero, que provoca una sensación intensa de agradables alucinaciones, o dicho de otra manera, de una pesada borrachera. El dueño de la taberna es un anciano de gestos amables, con una mascarilla de oxígeno que lleva permanentemente pegada a sus reales narices.

Con la compañía de siete tragos de sangre siciliana, aparecen los espectros momificados de las catacumbas de los capuchinos y aparecen cientos de mujeres en minifalda y de ojos verdes bautizadas con el mismo nombre: Rosalia. El viajero persigue la ruta que lo lleva a los Quatro Canti, antesala de los pequeños y oscuros bares donde se puede consumir el campari de beso púrpura. Pero esta es otra historia.

Sentado sobre uno de los más de treinta escalones de la entrada principal del Teatro Massimo, el viajero reposa unos instantes. Quizás ha elegido el mismo punto donde un asesino contratado por Don Altobello mató de un disparo directo al corazón a Mary, hija de Michael Corleone y este estalló en llanto mudo agarrado al cadáver de su hija. El viajero recuerda este tremendo final del Padrino III tarareando un fragmento de la ópera de Pietro Mascagni, Cavalleria Rusticana. Es momento de escapar por la Piazza Giuseppe Garibaldi improvisando un saqueo gastronómico en los lugares donde se sirven las mejores berenjenas parmesanas, o la pasta alla norma o con le sarde, los inconfundibles spitini alla palermitana y rematar el viaje en la Caffetteria Florence.

Con el exceso sin medida del campari que se deja acompañar de un jugo intenso de naranja, el camarero, provisto de una hermosa nariz cartaginesa y un brillo helénico en sus pupilas, sonríe al viajero con cara de partir y le regala una bella palabra de despedida tras la cuarta ronda:

—¡Auguri!

El nómada se va rumbo a Corleone tarareando la canción de un cantautor de la provincia siciliana de Catania: "Cerco un centro di gravità permanente, che non mi faccia mai cambiare idea sulle cose sulla gente...". El viaje sigue. **UC**



Palermo es una ciudad curtida a base de aguantar los golpes de los hombres de respeto, capos que antes del estado y la religión decidieron proteger a las familias. En Sicilia ha perdurado una voraz y silenciosa protección por la familia...

CONFIAR en la cultura siempre dará ganancias: Es soñar sin medida.

LÍNEA CONFIABLE MEDELLÍN 444 10 20
www.confiar.coop

13 años

telemedellín

Todos los regalos son para vos

www.telemedellin.tv

MEDELLÍN OBRA con amor
Alcaldía de Medellín



El guardián de los Libros

Fernando Mora Meléndez



Nunca se tuvo noticia de una biblioteca que abre sus puertas entre las calles Moore y Carabobo, y que tiene una de las mejores colecciones de clásicos españoles, de filosofía de todos los tiempos, o que alberga textos no sanctos del poeta Ovidio y otros pergaminos impresos en el siglo XVI.

En tiempos de Fajardo Valderrama vino a esta provincia el rey don Juan Carlos de Borbón. Él y su señora subieron en volandas hasta la cima de un monte que lleva el nombre de Santo Domingo Savio. Después de divisar, en lontananza, el valle de los aburraes, de bendecir y cortar la cinta, se dio por fundada la muy preciada biblioteca, a la que pusieron el nombre de España, en honor a la Madre Patria.

Eran pocos los feudos destinados a los libros en la Villa y muchos, en cambio, se tornaron cocheros y comercios, que colmaban las arcas de los criollos. Ansiná, de a poco, se erigieron otros claustros de lectura, para el solaz del espíritu e instrucción de las gentes.

Con palabras así nos habla la Historia, en cuya pompa se disuelven los hechos menudos, que acaso dicen tanto o más que los grandes.

Nunca se tuvo noticia de una biblioteca que abre sus puertas entre las calles Moore y Carabobo, y que tiene una de las mejores colecciones de clásicos españoles, de filosofía de todos los tiempos, o que alberga textos no sanctos del poeta Ovidio y otros pergaminos impresos en Italia, en el siglo XVI.

La creó un misionero claretiano, antioqueño de enjalma, que llegó huyendo por los años treinta de la Guerra Civil, en la misma madre España. En esas tierras lejanas, 256 sacerdotes de la comunidad se negaron a colgar las sotanas y por ello fueron ejecutados sin fórmula de juicio. Carlos Eduardo Meza se salvó de ser mártir y hasta pudo traer en sus baúles una colección de obras teológicas, junto con una

riquísima colección de literatura que había ido recogiendo entre sus amistades predilectas, que no eran sólo clérigos sino los escritores de la generación del 98, entre ellos Pío Baroja y Azorín.

Meza fue destinado a la parroquia de Jesús Nazareno, en Medellín, de la que no volvería a salir. En la casa de la Orden, contigua a la iglesia, comenzó a ordenar sus libros y a reunir otros, sagrados y profanos.

Una tarde el padre Carlos recibió una llamada del Museo Nacional de Bogotá. Sabedor de su interés por los folios viejos, un amigo lo instaba a recibir, como dádiva, una valiosa cantidad de volúmenes que reposaban en los sótanos del edificio, desde los días de Cipriano de Mosquera. Eran parte de los botines expropiados a la Iglesia por los gobiernos liberales del siglo XIX. Joyas editadas en Venecia, hacia mediados de 1500. Entre ellas una de Juan Crisóstomo, patriarca erudito de Constantinopla, y numerosos ejemplares de poetas latinos. Los tesoros con cubiertas de pergamino, grabadas al fuego, eran ahora un cultivo de hongos



de cepas finas, un manjar para las ratas. El presbítero se dio el lujo de escoger entre todo ello. Le echó mano a obras piadosas y a otras de poetas romanos, que le interesaban para sus ejercicios de traducción. Recuperarlos del deterioro fue casi como luchar contra el demonio durante varios meses.

La mirada que ponía Meza sobre los textos era más amplia que la de un cura de almas doctrinario y sermoneo. Amaba las bellas letras, tenía un estilo atinado y elegante de escritura. Tanto así que ocupó una silla, como miembro de número en la Academia de la Lengua. Al tiempo que fungía como consultor de monjas, docto en legislación y en literatura, le gustaba ir a Tarso, su tierra natal, a hablar con sus parientes, a comerse sus frisoles y a hablar de poesía.

Antes de morir había declarado que en esta ciudad ya nadie quería leer ni estudiar. Su colección quedó guardada, a la buena de Dios, en la casa cural, entre el polvo y las polillas.

En 1971, otro misionero, Guillermo Vázquez, llegó a la casa de Jesús

Nazareno. Venía de estudiar Exégesis Bíblica en la Universidad Gregoriana de Roma. Al calor del Concilio Vaticano II y de la Teología de la Liberación, la Iglesia parecía sacudida por un huracán. Tras cuatro siglos de pugnas con los protestantes, terminaba por reconocer muchas de las ideas que estos propagaban. Una de ellas era que la liturgia debía decirse en la lengua del pueblo y no en latín. Muchos curas, desilusionados porque el Papa Pablo VI detuvo la propuesta de acabar con el celibato, dejaron sus hábitos para casarse. Las diócesis se quedaban sin clero. Y en medio de esta crisis pululó otra corriente, la iglesia de los pobres. Multitud de teólogos, como Karl Rahner, que pregonaban un evangelio explosivo: los pobres no eran ya los bienaventurados del reino de Dios, sino los excluidos en su nombre, los marginados. Para condenar lo que nunca se había condenado, muchos misioneros se fueron a vivir a los barrios suburbanos, a compartir su pan y su misal entre los humildes y los destechados.

Y aunque el padre Guillermo Vázquez comulgaba con estas ideas, tampoco estaba de acuerdo con la reacción anti-intelectual, que sólo abogaba por las prácticas en comunidad y donde los libros ya no importaban. Las casas de las órdenes eran abandonadas y él se encontraba en sus bibliotecas saqueadas “los pocos libros desparramados como después de un terremoto”. “Decidí buscarlos por todas partes y recuperarlos, a veces, entre los carretilleros del reciclaje”. Sus preguntas constantes parecían las de Ray Bradbury en Fahrenheit 451: ¿Qué iban a leer las siguientes generaciones? ¿Quién recordaría a los autores? Entonces les pidió a sus superiores que lo ayudaran a montar una biblioteca.

A los pocos curas que quedaban los dejaban vivir en casas como cualquier parroquiano. Él compartía por entonces un apartamento en Villa con San Juan, con Luis Alberto Álvarez, otro claretiano que tuvo la misión de ser, a pesar de las críticas de sus hermanos, uno de los estudiosos del cine más importantes que ha tenido el país. Juntos reunían sus libros personales que irían a sumarse con los tesoros del padre Meza en una selecta colección. La dificultad fue entonces encontrar un lugar digno para albergar los volúmenes. Pensó en una antigua ermita construida por una dama de alcurnia para sus retiros espirituales. El lugar había hecho parte, desde los años treinta, de la Iglesia de Jesús Nazareno; y, en un tiempo más reciente, bodega de vinos que importaban de España en toneles. Ahora, en los setenta, era sólo un depósito de cheques.

Y Guillermo tuvo que rogar mucho a las altas esferas para conseguirla. Restaurada, se convirtió en el hogar de los 14.000 volúmenes que hoy frecuentan los estudiantes universitarios, los amigos e hijos de los empleados y un público variopinto que incluye a un obstetra jubilado, lector de los clásicos.

La biblioteca, atendida por Ángela María Chica, tiene canje con otras ciudades y presta sus libros para la casa.

Con un modesto presupuesto, Guillermo ha logrado ampliar la colección de un modo tan ecuménico que incluye



las obras de gente apóstata como Fernando Vallejo, del cual es muy buen lector, mitos juveniles como Andrés Caicedo y las obras completas de Marcel Proust. El bibliotecario que conoció las purgas que hacía el Cardenal López Trujillo con las bibliotecas del Seminario Mayor, quiere que este espacio esté libre de censuras y prejuicios: “como debe ser una biblioteca”. En virtud de esta actitud se pueden encontrar libros tan serios como los de Sartre o la Suma Teológica, junto con las aventuras completas de Tintín.

En un depósito polvoriento, todavía sin clasificar, como una especie de purgatorio de libros, reposan las Cartas del Libertador, al lado de la colección completa de la Revista del Banco Nacional de Cuba. Libros tan raros como La Battaglia Finale del Diavolo, de Paul Kramer. Y hasta los panfletos moralistas del olvidable Humberto Bronx, quien hacía la clasificación moral de las películas, hace algunos años, en El Colombiano. Muchos de estos li-

bro tienen alguna gracia escondida y podrían figurar en la lista de Sergio Valencia, fundador del Club del Libro Malo.

Poeta epicúreo, maestro de Exégesis Bíblica y amante del buen vino, Guillermo Vázquez nos recuerda con su empresa a ese bibliotecario citado por Borges en uno de sus poemas, El Guardián de los Libros.

Mi nombre es Hsiang.

Soy el que custodia los libros.

Que acaso son los últimos
Porque nada sabemos del Imperio
Y del Hijo del Cielo.

Ahí están en los altos anaqueles,
Cercanos y lejanos en el tiempo,
Secretos y visibles como los astros.
Ahí están los jardines, los templos.

UC



La ermita sobre la carretera norte, antes de convertirse en la carrera Carabobo.



En la boca del globo

Pascual Gaviria

Poco a poco algunos maniáticos de la seguridad, almas aprensivas dedicadas a cultivar el tedio e instalar bocinas de alarmas, nos han ido vendiendo la idea de que tirar un globo es un crimen. Odian esa manía de los faroles de papel de ser leves briznas al viento y al azar, no resisten que no tengan timón ni randa ni itinerario y que puedan elegir para su aterrizaje, por simple curiosidad, la bendita claraboya de una bodega. Pero los globos siguen siendo las más entrañables estrellas de fin de año, y la gente sigue acariciando su papel luminoso y tibio antes de soltarlos entre aplausos y gritos. Frente a un decreto de 1920 que prohibía elevarlos reclamó Luis Tejada entre humos de pipa y añoranzas: “esplendor extraño de luces vivas, de colores radiantes, de fogatas encendidas en el patio, de papel de seda iluminado, de faroles rojos, de grato olor de alcohol y bencina, de algarabía de muchachos acumulados que ven subir sobre las tejas la bomba de papel, hinchada, lenta y policroma”.

Brasil es uno de los países donde elevar globos es una ciencia, un arte, un vicio, una tradición y un crimen. Los portugueses les dejaron la afición que se extendió según la desmesura de un país acostumbrado a decir *o mais grande do mundo*. Tres años de cárcel puede llevarse un globero con buena mecha en Brasil. Con buena bucha, para decirlo en el lenguaje de los iniciados. Es por eso que un cuento de Rubem Fonseca, El globo fantasma, comienza así: “Un globo gigantesco, el más grande del mundo, dijo el informante.

¿Dónde?, pregunté.

Todo lo que sé es que ya compraron diez toneladas de papel de seda.”

El detective está encargado de impedir los lanzamientos en el mes de junio, en las fiestas dedicadas a San Juan y San Pedro, los santos coheteros. Pero la prohibición ha logrado sofisticar las aficiones globeras. Algunos lanzadores de ocasión se han ido contentando con seguir *os baloes* ajenos y señalarlos con nostalgia. Pero en cambio ha surgido una pequeña legión de especialistas que defienden su costumbre con celo religioso, con la paciencia de las tejedoras y el alboroto de los jueguistas decembrinos, con los números del científico autodidacta y las ambiciones del inventor. Sus grupos se llaman turmas y están dedicados a elevar globos inimaginables para que los demás mortales miremos hacia arriba con la boca abierta.

Lisandro Mesa es el jefe de la turma más importante que lanza sus globos desde este valle. Digo jefe por ponerlo en escalón por encima de sus compañeros pero podría decir profesor, pionero o líder. En Brasil llaman dentista al globero que dirige la operación de lanzamiento metido en la boca del globo, lidiando con la bucha y sus secretos de parafina, dirigiéndolo todo con una antorcha desde la candileja que Fernando Vallejo llama el corazón del globo. Digamos entonces que Lisandro Mesa es el dentista del movimiento de globeros



que ha crecido en los últimos cinco años en Medellín y sobre todo en sus alrededores.

Hablo con él para ir al lanzamiento de una estrella de más de 2.000 pliegos de un potrero de Envigado. En la página oficial de la turma Tradición Prohibida he leído cosas como estas: “Recibe el nombre de sólido de revolución, el sólido generado al girar alrededor del eje X, la región limitada por la gráfica de $y = f(x)$, el eje X y la gráficas de “ $x = a$ ” y “ $x = b$ ”. El eje X es un eje de simetría de dicho sólido y una sección recta perpendicular al eje X es un círculo.” Pero Lisandro usa también algunos lenguajes más cercanos a lo que siempre hemos asociado con el tumulto alrededor de un globo. Cuando lo llamo para cuadrar el encuentro su celular me suelta esta melodía: “Mostráme tu apachurrao que lo quiero conocer, para cuando yo me case por ahí darle a mi mujer, dele por ai, por ai es mejor; dele por ai, por ai es mejor...”

Llegamos al potrero rayando las siete de la mañana de un domingo. El ambiente y la concurrencia, unas 500 personas, confirman esa combinación de científicos teguas y amanecidos de diciembre. La guasca tronando en algunos carros, las garrafas de aguardiente embarradas en el potrero, dos sopletes alimentados por pipetas que inflarán el monstruo y una conversación sobre la tensión que soportan algunos vértices de la estrella. El globo está extendido sobre un plástico y los grillos, las arañas, las mariposas se mueven sobre los pliegos verdes, morados, blancos, amarillos. “Dele por ai, por ai es mejor”.

Los creadores de la gran estrella de Belén de cinco pun-

tas son en realidad de Envigado. Jóvenes que han hablado de su creación desde febrero y que seguro han arrinconado a su familia durante meses para armar su experimento geométrico. Y echarlo a volar.

El globo comienza a levantarse, muy lentamente va alzando sus pliegos elevado por el buen consejo de los dos sopletes. Cinco personas se encargan de la candileja, veinte auxiliares sostienen las puntas y un revoloteo de cinco cinteros va haciendo los remiendos de última hora. La bucha es una especie de hornilla de aluminio con seis rollos de papel cocina cubiertos de parafina. Cuando el monstruo ha logrado estabilidad se le instala su corazón de fuego con un pequeño artificio de tornillos. Todo es gritería alrededor, una especie de operación urgente llevada a cabo por jóvenes amanecidos los unos, extasiados los otros, preocupados todos. “Relajaos, relajaos, relajaos”, es el grito de batalla durante los veinte minutos que dura el protocolo de lanzamiento. Siguiendo el lenguaje doble de estos aeromodelistas con inclinaciones al anís, también se le podría llamar el despedote de la tirada.

Se ha prendido la bucha, se ha gritado lo inimaginable, se han sacado los sopletes y el “suelten, suelten” le da la despedida al monstruo entre gritos, abrazos y voladores. Todos los fieles de esa ceremonia de domingo estamos de cara al cielo bendiciendo a la estrella. Pero antes de que se pueda levantar de nuevo el cáliz de las garrafas, cuando van apenas veinte segundos de vuelo, la bucha se recuesta sobre un costado del globo que se quema en silencio y deja caer su armazón ardiendo como un baldado de agua fría. Una exclamación común acompaña el estruendo. Dos de los artífices de la estrella fugaz quedan llorando su amargura sobre un plástico en medio del potrero. “Dele por ai, por ai es mejor”.

No quise quedar marcado por la mala estrella del lanzamiento en Envigado. Así que el domingo siguiente, también en la mañana para aprovechar el cielo sereno de vientos, me fui a ver el primer concurso de globos en el municipio de Caldas. Último refugio donde los globeros no son vistos como una plaga indolente. Hace un año un evento



similar en Envigado terminó con mil personas enfrentadas a la policía, el Esmad y el ejército. Fuerzas de choque contra el más deleznable de los materiales.

Las camisetas de los integrantes de las distintas turmas demuestran cómo la ilegalidad los ha empujado al activismo y al panfleto de papel globo: “Arte clandestina”, “Globero hasta la muerte”, “Yo amo a mi globero”, “Diga sí a los globos”. Cuando llegó están inflando el tercer ejemplar de la mañana. Es un globo de molde, construido según la ecuación que se leyó más arriba, dibujado por su creador. Muy distinto a los clásicos globos de corte recto: la caja, el cojín, el trompo. Estos globos que se deben inventar cada vez parecen bombones alargados o empuñaduras de bastón o gotas delicadas. “Son la perfección hecha papel”, me dice Lisandro Mesa que hoy hace las veces de juez y me ofrece una copa... de guaro.

Ya están inflando el bombón blanco con el gato Silvestre y el coyote dibujados con papel sobre papel. Una algarabía más ordenada rodea la boca del globo y las cuerdas que cuelgan de la candileja. Llevará un lastre de balso, una especie de viga de unos 8 metros que sostiene un dibujo adicional como una sábana ondeante. Ya la bucha está ardiendo y el globo se eleva contenido por los guías que lo sostienen con cuerdas amarradas a su candileja. A medida que sube, ya sin ataduras, va descubriendo otra versión del coyote en gran formato. El círculo de gallinazos celebra en lo alto y el tumulto de muchachos carga y sacude al artifice en tierra. Había quemado tres de tres de sus grandes creaciones. Le quitan la sal a palmadas y el se ríe con el gesto de los goleadores. Aprovecho y me sacudo mi cuota de sal por el fracaso del domingo anterior.

Los globos corrientes, cajitas y cojines clásicos, salen desapercibidos desde las orillas de la cancha que sirve de plataforma de lanzamiento. Serán uno más en las planillas de los apuntadores que patrullan los techos de las empresas del sur destinados a la estadística y la advertencia. Para ellos todos los globos son iguales. El pasado 8 de diciembre contaron 300 globos recorriendo el cielo cercano con su flama amenazante. Los globeros hablan de los avistadores con una sonrisa comprensiva, y hasta los llaman para averiguar por las últimas cifras. O para avisarles la próxima tanda.

Esa mañana salieron más de 20 globos de buen tamaño: isocaedros que parecen erizos de 20 púas, taxis, un bombón con Homero Simpson multiplicado por cuatro, extrañas tuercas, cruces enigmáticas, flechas, un cajón con una boca inmensa en la que se metieron más de 30 personas para verlo partir desde sus entrañas: bocudo, lo llaman en Brasil, y para mí fue el campeón de la jornada, por su vuelo larguísimo, casi tan largo como el de su constructor. Las hermosas coronas de los Molina, la familia globera que oficiaba de local,



encallaron todas en tierra. Sus espinas fueron para fabricantes y asistentes.

El campeón según el jurado calificador fue el bombón de Homero. Construido con la maña del orfebre por Juan Diego Bolívar, otro de los socios fundadores de esta logia. El armazón para sostener la bucha parecía un banco antiguo con sus corcosos en las patas. En la parte baja de la circunferencia había dos hileras de orificios delicados para que el aire caliente se renueve. Subió risueño con la mueca insolente de Homero y una canastilla de pólvora que



parecía una jaula de canarios. El último estallido dejó caer una lluvia de aleyuas para el júbilo de la concurrencia. Subió derecho, casi sin desviarse, y unas horas después estaba doblado en poder de una feliz pareja de motonetos. Juan Diego se asomó a mirar su hijo ya tiznado y ajeno: “Ese ya es de ellos”, dijo pensando en lo que sigue para el 25.

Los globeros de este valle son pupilos aventajados de los brasileños. Aprendieron su jerga, miran sus páginas, comparten sus diseños y sus maneras de pegar. Y hablan con la suficiencia de los iniciados. “Nosotros no somos iguales al borracho que tira su globo de media noche con una toalla higiénica y petróleo”, me dice Lisandro. Lo miro risueño, con la alegría de oír sus palabras coincidir con las de Diogo Cao, el detective globero del cuento de Rubem Fonseca: “Diogo sabe todo sobre el globo. Me dijo que los incendios son causados por los globos pequeños. Los globos grandes son hechos por especialistas y se apagan cuando aún están en el cielo”. Volviendo de Caldas, por la autopista, todavía hay 4 globos reluciendo contra un sol que es un brasero. Que digan lo que quieran. Pero no hay placer igual al de perseguir globos... con la mirada. ☑

La infancia compartida

(Fragmento)

Jorge Iván Agudelo Z.

Bien saben que mis historias no terminan con una muenda... tanto es así, que ustedes nunca se cansaron de decirme: que suerte la tuya, tu mamá es una santa... para después, cuando ya grandecitos metía la pata por todos, recriminarme de la peor manera: lo que a vos te faltó fue rejo... Pero aunque supieron que crecí al lado de una santa alcahueta, nunca sufrieron los oprobios de su amor y su despiste. No todos son bendiciones para el recién nacido de una madre primeriza. Pongamos por caso, mientras ustedes chapaleaban con pies y manos para alcanzar un móvil, yo, que también tuve mis juguetes, me contorsionaba en busca de una veladora encendida, y como mi madre nunca me negó nada, ahí estoy, todavía de meses, como un Juan Bautista sádico bañándose en parafina... no, no me arrogo el derecho de ser el amigo prometeico, menos aún cuando salgo en esas primeras fotos que nunca debieron ser tomadas con una mancha roja en la cara del tamaño de esta mano. Pero esa historia la conocemos pocos y causa más pesar que risa; digamos que la cuento como simple antesala de un suicidio social al que fui arrojado por una madre distraída que... bueno, bueno, tienen razón, no hay que hacer de las historias un rosario de quejas. Déjenme ahora contarles algo que no sólo le causó risa a los que lo vieron.

Nunca he ido a una fiesta de disfraces, cuando se acercaba la última semana de octubre me le perdía a todo el mundo. ¿No se preguntaron por qué cuando ustedes me llamaban a invitarme a esos dichosos bailes siempre andaba en una finca, donde una tía o ardido de fiebre? Qué se iban a preguntar, engolosinados como estaban con sombreros y antifaces, pero si alguno dudó de las excusas que invariablemente les daba mi madre, aquí está la verdad.

Claro que me disfracé, y varias veces; así ahora quisiera, no puedo negar a un Capitán Centella de cuatro años, haciendo jarras, con el ceño fruncido y la capa al viento. Pero no se engañen, mi época de superhéroe duró poco, dos años a lo sumo. Después de justicia y glorias, me convertiría, por obra y gracia de una tía regalona, en el pollo más recordado de colegio alguno. No se los voy a negar, todos tuvimos que soportar disfraces infames, antihigiénicos y hasta peligrosos, pero usados al lado de otros iguales o peores y lo que es más importante, en la fecha justa.

Si mi madre podía confundir un sonajero con un sonoro frasco de pastillas, también podía alterar el calendario a su arbitrio y para mi desgracia. Aguijoneada tal vez por la emoción de ocultarme la cara en una máscara de látex amarillo coronada con una cresta roja, mi amada progenitora adelantó los días en su cabeza, y mientras todos mis compañeros se levantaban un treinta de octubre, yo me disponía (batiendo plumas para un día después, inocente como un reo que no conoce su condena) a vivir las cuatro horas más largas y dolorosas de la vida.

Así fue, subí al bus entre risas, soporté el recorrido como el pollo más estoico, caminé por los corredores aguantando el cacareo de los grandes, las risas solapadas de las aseadoras y la perfidia de la maestra de grupo que me obligó a sentarme en mi puesto, a remangarme las plumas y copiar en una hoja suelta el dictado que ese día nos tenía preparado. ☑

Plan Planeta

La sostenibilidad y el medio ambiente tienen treinta minutos de televisión para compartir proyectos, investigaciones y buenas prácticas que aporten a la construcción de una vida mejor en el planeta.

Súmate al Plan

Telemedellín:
domingos 9:30 p.m.
martes 11:00 p.m.
jueves 5:00 p.m.

Teleantioquia:
lunes 4:30 p.m.

Canal UNE:
sábados 6:30 p.m.
domingos 8:30 a.m.



une **ta** **telemedellín** **medellín** **aquí te ves** **epm**

tinta y tinto

letras para el café | **Comfenalco**

Un espacio para tus reuniones en el centro de la ciudad



A pocos pasos... un espacio para tus almuerzos

Un variado menú que disfrutarás de lunes a viernes.

No te pierdas el recital de piano los miércoles y jueves al medio día y los viernes en la noche.

Valor del menú: \$10.500

Informes: 511 21 33, ext. 138
Avenida La Playa # 45-37.
Club Comfenalco La Playa



Amplificación · Iluminación · Mobiliario · Comunicación · Logística

Conciertos - Ferias - Desfiles - Pantallas LED

GRUPO HANGAR

HANGAR SOCO **HANGAR MOBILIARIO**

HANGAR COMUNICACION **HANGAR PRODUCCION**

mercadeo@hangar.com.co

4 - 444 15 00
Medellín - Colombia
www.grupohangar.com

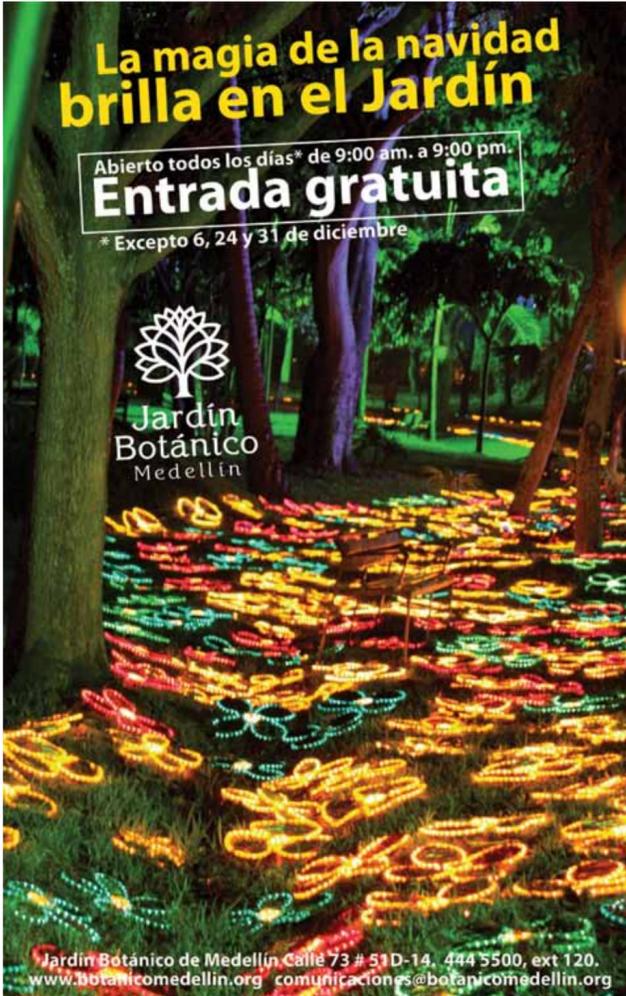


La magia de la navidad brilla en el Jardín

Abierto todos los días* de 9:00 am. a 9:00 pm.
Entrada gratuita
* Excepto 6, 24 y 31 de diciembre

Jardín Botánico Medellín

Jardín Botánico de Medellín Calle 73 # 51D-14, 444 3500, ext 120.
www.botanicomedellin.org comunicaciones@botanicomedellin.org



Como solo para Antioquia escribe en Antioquia se le olvida



Cachorro

Guillermo Cardona Marín

Gregorio Gutiérrez González murió en Medellín en 1872, totalmente marginado por la sociedad, en casa de un compañero de juegos de infancia, hijo de una pareja de esclavos de los padres del escritor, nacido en La Ceja del Tambo en 1826.

El aislamiento del gran poeta, nos recuerda el arquitecto Rafael Ortiz en la columna de Byron White de UC 12 (mayo de 2010), fue producto de la retaliación de algunos poderosos que se sintieron aludidos con un poema que escribió Gutiérrez González contra los personajes avaros de Medellín, que a partir de entonces le retiraron hasta el saludo. El hombre murió finalmente alcoholizado "en medio del relámpago trágico de la locura", como escriben las personas que recuerdan solamente una parte de la historia.

Pero nada raro; a los paisanos nos gusta que nos critiquen, ni que nos digan nada malo. Somos todo oídos y carantoñas para la lisonja y el lambetazo, pero ¡ay! del que nos señale algún defecto.

Y de represalias contra los escritores que le han dado duro a Medellín y a los paisanos, por amarrados y mercachifles, hay varios ejemplos:

León de Greiff terminó viviendo y muriendo en Bogotá, ciudad donde aún lo quieren, recuerdan y respetan, mientras que en la Villa de la Candelaria lo único que queda de él es su nombre en la oreja de una avenida venida a menos; por ahí bautizaron León de Greiff una biblioteca que ahora todo el mundo conoce como La Ladera, donde, alguna vez de visita, uno de los dependientes me informó con tono doctoral que de Greiff era un poeta nadaísta nacido en Cali. Y a propósito, entiendo que a Gonzalo Arango por estos días le están negando unas migajas de memoria mediante una Ley que aprobó el Congreso y que ahora nadie quiere cumplir.

O sin ir más lejos, ahí tenemos al maestro Fernando Vallejo que, como no le carga agua en la boca

a nadie y no tiene empacho para decir lo que piensa y lo que hizo y hasta con quién, en Medellín camina como una sombra etérea, semi invisible, siendo como es uno de los grandes escritores de habla hispana, traducido a una veintena de idiomas y querido y respetado en América Latina, en Estados Unidos y el viejo continente, donde le hacen fila para que les autografe sus libros.

Ahora bien, el por qué en Medellín no quieren a de Greiff, al profeta Gonzalo y al cáustico Vallejo lo sabemos de sobra; conocemos sus diatribas y sus fuetazos contra esta extraña sociedad que mixtura el catolicismo con el desamor al prójimo.

Pero en cuanto al gran poeta Gregorio Gutiérrez González, el de la Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia, el de A Julia y Aures, el poeta de lo cotidiano y de lo simple, el bardo capaz de decir las más sublimes ideas en palabras llanas, pues no me lo imaginaba armando trifulca con su pluma contra los gamonales de la plaza.

Mas hojeando por estos días el libro de don Orlando Ramírez Casas —Buenos Aires, portón de Medellín— me encontré no sólo la explicación del asunto, sino también el poema que, según don Orlando, se llama Felipe:

*De una ciudad el cielo cristalino
bulle azul, como el ala de un querube,
y de su suelo, cual jardín divino,
hasta los cielos el aroma sube.
Sobre ese suelo no se ve un espino,
bajo ese cielo no se ve una nube...
En esa tierra encantadora habita
la raza infame de su Dios maldita.
Raza de mercaderes que especula
con todo y sobre todo. Raza impia,
por cuyas venas sin calor circula
la sangre vil de la nación judía;
que pesos sobre pesos acumula,
el precio de su honor, su mercancia;
y como sólo al interés se atiende,
todo se compra allí, todo se vende.
Allí la esposa esclava del esposo
ni amor recibe ni placer disfruta,
y sujeta a su padre codicioso
la hija inocente...*

El final se completa con un contundente se convierte en puta, porque entonces se ponía en puntos suspensivos la palabra que se imaginaban todos.

Al parecer (siguiendo a don Orlando Ramírez Casas), Felipe está inspirado en la historia de Manuel Pombo (hijo de Lino y hermano de Rafael), que vino a Medellín con la intención de casarse con una bella señorita, hija de un rico comerciante que, al saber que el pretendiente era poeta, dijo sin pestañear que los hombres entregados al estudio no servían para nada. "Serían incapaces de manejar doscientos pesos si por casualidad pudieran ganarlos".

Según me cuentan, también es posible que el poema sea parte de un cuento titulado así mismo Felipe, una de las pocas piezas en prosa que nos legó Gutiérrez González. Pero para el caso, poco importa. En memoria de quien dijo que "como solo para Antioquia escribo, yo no escribo español sino antioqueño" y que en Antioquia olvidamos, en recuerdo de sus versos hermosos y sencillos, ahí les queda esta gaceta a ver quién tenía la razón, si el suegro y los gamonales de la plaza que lo arrojaron al lodo, o don Gregorio en su poema, con todo y su carga antisemita. **UC**



Veronica Velásquez

Dalila Sierra X-504

• Poema inédito hasta aquí

¡Ésa mujer!
Era el prototipo de las gentes del Suroeste antioqueño: aguerrida, independiente, ambiciosa, acostumbrada a imponer su voluntad por encima de todas las consecuencias.
Su impetuosa vida dejó un rastro de tormenta desatada, legendaria memoria de prolongada resonancia. Sabía calcular lo incalculable, trazar planes, definir estrategias, enfrentarse al peligro conocido y a lo desconocido.
Acompañada por su inseparable mastín jugó gallos con los galleros en Ciudad Bolívar, en Saigar y en Tapartó, jugó a los dados con su fusta al brazo, con su revólver al cinto, con su sombrero ladeado.
Sabía manejar la peinilla, pelear a caballo, volar el rejo, dominar al ganado.
Negociante en café, dirigía sus haciendas con elegancia y mano dura, y cuando hubo que tener coraje tuvo coraje, y el día de la ternura tuvo ternura.
Bella porque era bella, sabía también hacer trampas en el juego y en el amor.
Quitarle un hombre a otra mujer era para ella un pasatiempo divertido, o arrebatarse una mujer a un hombre, porque lo mismo le gustaban las mujeres.
Las mujeres se prendaban de ella porque era seductora, inteligente y audaz, y estaba segura de que el mundo había sido hecho para ella.
En su caballo alazán entró borracha a Betania, hizo brotar chispas en el choque de las herraduras contra las piedras, disparaba sus pistolas a dos manos, encerró a la policía, puso preso al alcalde, se tomó el pueblo ella sola y ordenó aguardiente para todo el mundo.
Cuando le dio la gana se fue en su caballo, que también estaba borracho porque ella le había enseñado a beber. En la mañana, al despedirse, sus gritos sacaron chispas de las cumbres de pizarra de los Farallones del Citará.
Tenía adláteres que la servían para lo que fuese necesario, para complacer sus caprichos, para lo que ella no alcanzara con su propia mano.
Varios hombres por causa de ella honraron la vida con su muerte.
Nunca perdonó a nadie, del mismo modo que ella estaba siempre dispuesta a morir, porque era guerrera y aventurera, y conquistaba sus días con la fuerza, el valor y la astucia de una mujer de armas tomar, no bandida, sino mujer de coraje en una tierra bravia, de montañas agresivas, ríos azarosos y gentes aviesas.
Para ella cada día tenía dos noches, la que le precede y la que le sigue, y por tanto era diurna y nocturna, y tenía poder sobre potencias indomeñables, pero no dominaba el destino, porque a un sólo ser no le está permitido poseer todas las atribuciones.
Desafiando la noche en la carretera que bordea el caudaloso San Juan, en una curva cerrada se despeñó al río con sus hijos, quedando atrapados entre las rocas y la fuerza de la corriente.
Vivió a mediados del siglo XX, y dejó una leyenda que escapa del poema por su magnitud y cercanía.
¡Ésa mujer!



SHOPPING CARTS
Taizo Yamamoto

LOS CARROS DE MERCADO DE TAIZO YAMAMOTO, ARQUITECTO CANADIENSE CON LÁPIZ DE SOBRA PARA EL DIBUJO, SON EL BAÚL SIN FONDO Y LA CAJA DE SORPRESAS DE ALGUNOS INDIGENTES EN VANCOUVER. OBRAS QUE CAMBIAN TODOS LOS DÍAS SEGÚN LOS RECORRIDOS Y LA SUERTE DE QUIENES LOS EMPUJAN. ENTRE 2005 Y 2008 EL ARTISTA LOS FUE COLECCIONANDO EN SU CÁMARA PARA LUEGO UTILIZAR EL LÁPIZ Y EL CARBONCILLO Y CONVERTIRLOS EN "NATURALEZAS MUERTAS". CADA CARRO DE MERCADO OBEDECE A UN DISEÑO DICTADO POR LA NECESIDAD: MUTACIONES QUE SIGUEN LOS CAMBIOS CLIMÁTICOS Y LOS CICLOS COMERCIALES. LOS DIBUJOS DE LA SERIE SHOPPING CARTS HAN PARTICIPADO EN EXPOSICIONES EN NUEVA YORK, VANCOUVER Y STUTTGART.

Entre Ipanema, Botafogo y Leblón, en Río de Janeiro, y La Playa en Medellín (con todo y que tenemos muy cerca a Copacabana), las diferencias saltan a la vista. No así cuando observamos las fotografías de las favelas empotradas en los cerros rocosos de Río y las comunas populares de nuestras laderas. Uno se queda sin saber cuál es cuál. Una evocación que nos surgió al ver las imágenes de la reciente toma de Complejo Alemão, calcada de la operación Orión en 2002.

De Río a Medellín

Ricardo Corredor Cure

La primera vez que fui a una favela en Río de Janeiro pensé que estaba en Medellín. Acompañaba a una periodista norteamericana y fuimos a Vigário Geral y a Parada de Lucas, dos favelas de la zona norte de la ciudad. Y la sensación fue inmediata: si me hubieran traído con los ojos vendados y me soltaran en el barrio, hubiera dicho que estaba en alguna de las comunas nororientales o noroccidentales de Medellín con sus casas de ladrillo, callecitas estrechas, cables de luz colgando por todas partes y aquella impresión general de barrio pobre “pirata” construido improvisadamente sin planeación real.

Pero obviamente Río no es Medellín y muchas cosas son diferentes, aunque en otros aspectos los parecidos pueden ser sorprendentes.

Un primer elemento en común, aunque quizás resulte obvio decirlo, está en que las dos ciudades son el resultado de la urbanización que vivió el mundo en la segunda mitad del siglo XX y que en América Latina han traído como principal consecuencia una tremenda desigualdad social cuyo resultado más elocuente es conocido por todos: la mayoría de los pobres termina viviendo en barrios marginales. Se dice que en Río hay alrededor de 1.000 favelas, aunque el número exacto es cuestión de disputa y depende de la fuente y de la definición de favela que se adopte.

Y aunque también parezca obvio decirlo, uno de los efectos que la desigualdad y la ausencia de un estado fuerte ha sido la violencia: la ciudad de Río está con una tasa de 32 homicidios por cada 100 mil habitantes (con algunas áreas “faveladas” con índices

de hasta 44 por 100 mil) y Medellín, que estaba en 45 en 2008, tuvo un recrudescimiento fuerte este año y ahora está en 95.

En cualquier caso, los niveles de violencia en Medellín han sido siempre mucho más altos que en Río y mis amigos cariocas se espantan cuando les cuento que para la época en que yo vivía en Medellín la tasa de homicidios alcanzó a estar en casi 300.

Pero lo cierto es que la situación en Río es grave y es evidente que hay un sentimiento de crisis generalizada, que se explica, en parte, por el hecho geopolítico de que Río dejó de ser la capital de Brasil hace 50 años (en 1960, año en que se muda para Brasilia), y en el siglo XIX llegó a ser inclusive la capital del imperio portugués.

O sea que estamos hablando de una ciudad que fue durante la primera mitad del siglo XX la más importante del país y que durante la segunda mitad todo su peso y relevancia se vino abajo estrepitosamente. Para el profesor Mauro Osorio da Silva, de la Universidad Federal de Río de Janeiro, una de las razones que explica la situación de crisis se debe justamente a haber perdido no solo su papel preponderante como capital del país sino también haber cedido el poder económico con relación a São Paulo.

Otro elemento que vale la pena destacar es que, en ambos casos, la situación de violencia está alimentada por el narcotráfico, y aunque con variaciones, en ambos casos existe una multiplicidad de actores involucrados en las diversas guerras, lo que hace más compleja la situación. Para el caso de Río, los protagonistas son:

- **Los traficantes.** Hay tres grandes facciones criminales: el Comando Vermelho (Comando Rojo), el Terceiro Comando Puro, y ADA (sigla de Amigos dos Amigos). El Comando Vermelho, quizás la más grande de las tres y la más antigua, tienen control directo sobre aproximadamente 90 favelas y era dirigida por Fernandinho Beira-mar que fue preso en Colombia en 2001. Por su lado, ADA tiene la ventaja de controlar las favelas que están en la zona sur de la ciudad (de un total de 31 que están bajo su dominio), donde vive la gente más rica y donde el negocio es más lucrativo. El Terceiro Comando Puro, como escribió el periodista del New Yorker, Jon Lee Anderson (y cuyo reportaje —que aconsejo leer— fue publicado en varias entregas en español por El Espectador), “comenzó como una facción rebelde del Comando Rojo” y es la más pequeña de las tres.

La violencia que se vive en Río de Janeiro ha tenido su propia banda sonora con un género musical llamado funk carioca... Una especie de champeta mezclada con gangsta rap.

- **La policía.** Que en el caso brasileiro, debido al sistema político federal, tiene tres instancias: municipal (guardias municipales), departamental (policía militar) y nacional (policía federal). Para efectos prácticos, lo que en Colombia llamamos policía, en Río es la policía militar.

- **Las milicias.** Son el más reciente actor y están formadas por policías y bomberos activos, expolicías y otros civiles que han tomado el control de muchas favelas y territorios, especialmente en la zona occidental de la ciudad, en muchos casos reemplazando a los propios traficantes. Serían parecidos a los paras en Colombia y aquí, como allá, una investigación de la Asamblea Departamental de Río encontró vínculos entre las milicias y políticos locales.

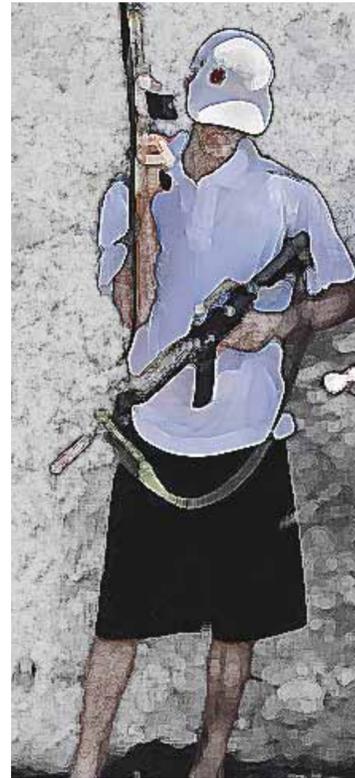
En las zonas donde los milicianos o traficantes tienen control, los grupos actúan como si fueran un estado y, como dice Jon Lee Anderson, “imponen sus sistemas de justicia, ley, orden e impuestos mediante la fuerza armada”.

Para finalizar quisiera destacar otros dos elementos que me parece que diferencian a Río de Medellín. El primero es el hecho de que TV Globo, el canal de televisión abierta más importante del país (y la cuarta cadena más grande del mundo después de los tres canales norteamericanos), tiene su sede en Río.

Esto puede parecer algo trivial, pero no lo es ya que la cobertura noticiosa de TV Globo (cuyo noticiario de las 8 de la noche puede llegar a tener audiencias de 40 millones de personas) tiende a destacar más los acontecimientos que suceden en su propia ciudad. Así que para muchos brasileiros, Río puede parecer una ciudad violenta —y lo es— pero la verdad es que no es la más violenta del país. Un estudio reciente muestra que el estado de Río de Janeiro es el cuarto más violento después de Alagoas, Pernambuco y Espírito Santo, y que la ciudad de Río no está entre las 10 ciudades más violentas de Brasil.

Otro elemento es que la violencia que se vive en Río de Janeiro ha tenido su propia banda sonora con un género musical llamado funk carioca. Este funk no es el funk americano de los años 70, sino una especie de champeta mezclada con gangsta rap. Jon Lee Anderson describe en su reportaje que “los jefes de las pandillas son grandes promotores del funk carioca, o gangsta rap brasileño. Los fines de semana organizan bailes funk, fiestas callejeras a las que asisten jóvenes de fuera de la favela (...) Los jefes proporcionan cerveza y venden drogas, sobre todo cocaína y marihuana, en grandes cantidades”.

Hablando de música, la última vez que visité una favela en Río fue para ir a un lugar llamado The Maze, que queda en la favela Tabares Bastos. The Maze es un hostel con muchos



recovecos (de ahí el nombre, maze: laberinto) construido por un inglés que cada mes invita músicos nacionales e internacionales de jazz a tocar en sesiones improvisadas.

La Tabares Bastos tiene instalado en su territorio un comando del BOPE, un grupo de la policía militar de Río especializado en atacar a los traficantes en las favelas, lo que la hace totalmente segura para las visitas a cualquier hora y día (de hecho, las sesiones de jazz de The Maze son en la noche). Es, junto con algunas otras favelas donde se han instalado UPP (Unidades Policiales de Pacificación), una muestra de que no todas las favelas experimentan los mismos niveles de violencia y que donde el estado está presente la situación puede ser diferente.

No deja de ser irónico que a la primera favela que visité no entra nunca la policía ni siquiera a la luz del día y que mi última visita haya sido a otra favela totalmente pacificada, donde cariocas y extranjeros pueden andar tranquilamente hasta altas horas de la madrugada y donde no sólo se escucha funk sino también jazz. 

"Vivir na favela é uma arte, ninguém escuta, nada se perde, manda quem pode, obedece quem tem juízo"



Favelas, desde abajo

Ignacio Piedrahita

Pasé una temporada de seis meses en Río de Janeiro pero nunca subí a una favela. Otras personas han estado allí unos pocos días y sí lo han hecho. De modo que cuando digo que hablaré sobre ellas desde lejos lo digo de manera literal, con una mirada distante que intenta atraparlas por diferentes medios que suplantán una visita verdadera. Leí sus noticias en los periódicos locales y llegué a estar al pie de sus escaleras de acceso, les tomé fotos desde diferentes ángulos y sufrí más de una vez el deporte que practican algunos de sus habitantes en Copacabana o Leblon; quizá esto sea suficiente para una crónica.

Favela es el nombre de una yerba que solía crecer en los cerros que salpican la exuberante geografía de la ciudad, cuando estos aún estaban deshabitados. Tiempo atrás, Río se extendía únicamente sobre las partes planas que conducen al mar, dejando libres las laderas de sus abruptas montañas de piedra negra y de selva. Y precisamente fueron estos baldíos rocosos los que

pasaron a habitar aquellos que no tenían dónde hacerlo, comenzando por unos legendarios soldados que dejaron de recibir su sueldo al regreso de una guerra local hace más de un siglo, y que hicieron sus casas en el cerro de la Providencia, cerca del puerto. De ahí en adelante se le conoció a ese cerro como morro da favela, cuyo apelativo se convirtió en un genérico para cualquier barrio de invasión.

La segunda oleada de gente que se acomodó en esas laderas agrestes vino a raíz de una reforma para recuperar el centro histórico que conllevó el cierre de los conventillos, enormes casas donde se alquilaban cuartos al día. A estos desplazados urbanos se les unieron más tarde descendientes de mineros y comunidades del nordeste del país, buscando un mejor destino en la que fuera por mucho tiempo la pujante capital del país. La consecuencia de todo este proceso fue que, contrario a lo que ocurre en otras partes del mundo, las zonas deprimidas no se encuentran en las afueras de la ciudad, sino en su propio corazón, lindando de manera tajante con los barrios más tradicionales.

Cada barrio, pues, tiene al lado su favela, o viceversa, como se quiera mirar. El barrio de Leme está enmarcado por las favelas de Chapéu-mangueira (sombbrero del palo de mango) y Babilônia; Copacabana tiene la del morro dos Cabritos; Ipanema la de los morros de Pavão-Pavãozinho (pavo-pavito) y Cantagalo; y Leblon, el más exclusivo de los barrios, la de Chácara do Ceu (la finca del cielo). Más al oeste, antes de llegar a São Conrado, se encuentra la enorme favela da Rocinha, donde viven unas 60 mil personas. Esto por solo mencionar la parte más emblemática y turística de Río, donde la geografía marca unos límites sociales y económicos muy nítidos: en la parte plana están las bonitas casas y edificios de medio o alto estrato, y no bien comienza la loma aparecen las casitas humildes a las que se accede por lo general a través de larguísima escaleras. Más de una vez estuve tentado a aventurarme, allegándome al mismo pie de los escalones. Una tarde de ocio, mientras miraba el primer peldano con la tentación de pisar sobre él y quizá seguir al siguiente y al siguiente, un estruendo me hizo saltar hacia atrás. Era un balón de fútbol que me había caído al pie y rebotaba calle abajo. Desde arriba un grupo de niños me gritaba, a través de una malla: “Gringo, pasa a bola”. Si esa era la imagen que daba, mejor ahorrar el esfuerzo de la subida.

La relación ente los habitantes del morro y los del asfalto, como se dicen entre los pobres del cerro y los ricos de la parte baja, no deja de ser complicada y hasta curiosa. Naturalmente, es a los de abajo a quienes preocupa las excursiones de los de arriba, quienes bajan de vuelτόn, saludan y piden un vaso de agua en algún hotel de las inmediaciones antes de volver a subir. Es fácil verlos en pantaloneta y camiseta merodeando en un mundo ajeno, que con suerte y algo de arrojo les brindará la oportunidad de subir con cosas de más en sus bolsillos. Obviamente, hablamos de una minoría ociosa, jóvenes en general, y no de la gran mayoría de sus habitantes que bajan a trabajar todos los días y constituyen la base de la economía local.

Sobre la vida en la favela dice una pequeña obra que vendé un artista callejero con el nombre de Selarón en el original barrio de Lapa: “Vivir na favela é uma arte, ninguém es-

cuta, nada se perde, manda quem pode, obedece quem tem juízo”. Nada muy diferente a lo que conocemos en Medellín, que no es otra cosa que lo que dicta el sentido común donde la ley y el miedo van de la mano. Naturalmente, cuando dice “manda quien puede” se refiere al gobierno de los traficantes de droga, cuyos desmadres alcanzan a imprimirse en las páginas internacionales cuando entran por ellos la policía y el ejército. Las imágenes de los comandos especiales subiendo la loma y entrando en tiroteos cuerpo a cuerpo en la favela parecerán siempre algo fuera de lo común, pero las incursiones militares que no traspasan el ámbito local no son raras en cualquiera de las 560 favelas que hay en Río.

La impresión que dan las favelas a la distancia es encantadora, curiosos pesebres de casitas desiguales con muros pintados aquí y allí de un azul o un rosado que les dan un toque pintoresco, así como la asimetría de sus calles tortuosas e invisibles. Pueblitos que arañan apenas la negra roca de los peñones, estos barrios son altos balcones desde los cuales se tienen seguramente impresionantes postales de la ciudad menos conocidas que las que se ven desde el Pan de Azúcar y otros pocos cerros de fácil acceso. En cuanto a la arquitectura de las favelas, preocupa al gobierno su crecimiento desbordado, no en extensión sino altura, pues de vaciar una plancha sobre otra ya muchas casas alcanzan el cuarto piso. Ante esto, las comunidades alegan que los baños que levantan estos edificios de ladrillo pelado los domingos, son los mismos que construyen los de los ricos durante la semana.

Lo más interesante de la ciudad de Río es que la sensación de inseguridad y la violencia no menoscaban su imagen de *cidade maravilhosa*. Permanentemente hay en Río un congreso de alguna disciplina, un campeonato mundial de un deporte, una reunión de líderes internacionales. Un amigo que estudiaba allí solía decir: “A mí, aquí, no me ha pasado nada. Una vez tres tipos con fusiles cogieron un camión de valores a bala durante diez minutos al frente mio..., a un amigo que iba a mi lado le robaron con pistola en estos días..., a un compañero lo aporrearón a la salida de un cajero... pero, lo que es a mí, no me ha pasado nada”. Río tiene ese algo que se instala en cada quien para no dejar nunca que lo negativo sea superior al encanto de sus calles, un carisma que no poseen todas las ciudades. Puede salir cualquier noticia, y al otro día Río conseguirá una sede de un mundial o una olimpiada.

Seguramente, con motivo de estos dos certámenes, serán muchos los habitantes de las favelas quienes peguen los ladrillos de los nuevos escenarios deportivos, y algunos otros los que pillen alguna cámara mal atada a la muñeca o un bolso descuidado mientras la delegación se entretiene tomando un jugo en una esquina de la rúa Nossa Senhora de Copacabana. Mientras tanto, arriba en las favelas, los traficantes verán las transmisiones por televisión y harán un pacífico agosto satisfaciendo las ávidas narices de los visitantes. Nada de eso será extraño a cariocas ni a turistas, pues tanto los viejos campesinos que poblaron las favelas como los jóvenes gatilleros que controlan el tráfico en sus laderas, se tendrán como parte del fino y entrañable paisaje de un lugar bautizado por Gaspar de Lemos como Río de Enero el primer día del año 1502. 

Policarpa Salavarieta, espía

82406

Cachorro

Pablo Montoya

En el óleo de José María Espinosa, Policarpa Salavarieta es una mujer sensual. Los labios bien trazados y fructuosos. La nariz recta que la emparenta con la melancolía de ciertas madonas italianas. Los ojos sesgados y negros. Las orejas deliciosas y perfectamente delineadas. Una mata de pelo azabache que imagino rizado y largo hasta la mitad de la espalda. O hasta un poco más abajo, allí donde surgen los hoyuelos que anticipan la amplia nalga de la fémina co-

lombiana. El cuello es un tanto regordete. De él cuelga un collar sobrio de joyas de fantasía. Porque Policarpa, hay que precisarlo, no era aristócrata y venía del manantial del pueblo guadeño. Nada de perlas o diamantes o de esmeralda en ese collar, sólo pedruscos falsos pero fúlgidos que la muchacha gustaba comprar en el mercado de San Victorino. Del cogote para abajo siguen las ropas. Pero antes hay una ligera insinuación de los senos. Entre las prendas bermejas y blancas cuelga un crucifijo. Paso de largo ante la efigie y me pregunto: ¿cómo eran los senos de Policarpa Salavarieta? Vano es buscar un dato de este cariz en la proli-

ja historiografía colombiana. Los cronistas e historiadores hablan del arrojito de la heroína, de su participación en una red de espionaje subversivo, del lugar en que la detuvo la policía realista, de las últimas palabras que pronunció cuando vio a los soldados apuntándole al centro de sus tetas. Nadie dice que de esas fragantes areolas bebió, en noches del amor revoltoso, Alejo Sabaraín, el único hombre que conoció verdaderamente a la mártir. Policarpa era, pues, fogosa y brava. Y Espinosa, como buen maestro, lo insinúa con soltura. Desde pequeña, a la Pola le dejaron crecer el pelo. La niña corría por entre las rúas

"Nadie dice que de esas fragantes areolas bebió, en noches del amor revoltoso, Alejo Sabaraín, el único hombre que conoció verdaderamente a la mártir"

de Guaduas y gritaba de dicha cuando sentía que en el aire se desplegaban sus cabellos. Cucaracheros, sinsontes, turpiales le revoloteaban por los flancos. "Mi Polonia es la libertad pura", exclamaba su padre, cuando la soltaba para que, por entre las mangas y las orillas de las quebradas, se desbocara su cuerpo de loco cervatillo. Ahora bien, lo del nombre de la heroína ondea en la polémica y otorga a su vida, agitada y sucinta, un toque de misterio. Polonia la bautizó el cura, por lo tanto así la llamaban sus hermanos y sus taitas. Al radicarse en Bogotá, iba a cumplir diecisiete años, la empezaron a llamar Policarpa. De esta guisa le decían sus amas santafereñas, María Matea Martínez y Andrea Ricaurte, para quienes ejerció labores de niñera y dama de hilos y agujas. En los años de la Reconquista, se hizo conspiradora y en el falso pasaporte que le dieron aparece Gregoria Apolinaria. Pero sus amigos más íntimos, y hasta el mismo Sabaraín, le decían la Pola. A la cerveza, por esos vericuetos andinos, también le dicen la Pola, y hay quienes afirman, en medio de sus jumeras frecuentes, que bebiéndola es la mejor forma de homenajear a la joven sacrificada. Su familia se mudó a Bogotá, pues don Miguel Salavarieta, el padre, quería una educación esmerada para sus hijos. A los pocos meses se desató una epidemia de viruela que devastó a una buena parte de la familia: murieron el padre, la madre y dos hermanas. Policarpa regresó a Guaduas. Dos hermanos más se decidieron por la vida religiosa y se quedaron en Santafé. Otros dos se fueron a trabajar a una finca en Tena. En el pueblo se instaló el resto de la prole. Las noches, para Policarpa, se tornaron entonces más olorosas, el verde de los árboles se hizo más intenso, y el calor del valle del río de la Magdalena le llegaba como envuelto entre las brisas tibias de los crepúsculos. La vida volvió a su calmo cauce pueblerino, aunque Policarpa se sentía inquieta. Ya era más crecida y ahora caminaba por entre las vegas, con un cuerpo imbuido de redondeces deseables. Por esos años a la Pola la educó su hermana mayor: le enseñó la costura y le dio algunas bases para tocar el tiple. Bibiano, el hermano menor, se encargó de regar en el corazón de su hermana las semillas de la libertad que el padre había sembrado. En un almuerzo de olla, que se hizo en Mariquita, Policarpa conoció a Alejo Sabaraín. Ambos se prendaron de inmediato. Un amor de cataclismo que no escatimó los besos y las caricias en esos primeros encuentros. Hay algunos cantores de la prócer que creen que ella murió virgen, y que su novio fue algo así como un dije ornamental. No hay prueba de ello, sin embargo. Si de la heroína no

se sabe muy bien cómo se llamaba, ¿quién puede negar que su himen fue desgarrado por el Sabaraín? Sus biógrafos más tiernos le endilgan el atributo mariano creyendo que, durante los holocaustos, los novios no se acarician y huyen despavoridos de las penetraciones. Como si no entendieran que en esos momentos, en que la muerte se expande garosa por la tierra, es cuando precisamente el deseo humano se alumbraba, se alebresta y se precipita. En todo caso, a los pocos días de ese primer encuentro, se quebró el florero de Llorente. Lo que sucede después es rápido y convulso. La vida de los jóvenes neogranadinos se altera, como si un tute se prendiera en la mano de un niño y saltara de un lado a otro por entre sus brazos, su pecho, su cara, sus piernas. A casi toda esta juventud, evidentemente, se la tragará la pelona en un santiamén. Bibiano y Alejo se enrolan en los ejércitos de Antonio Nariño. Dos de sus otros hermanos, los que se habían quedado en Santafé, se vuelven agustinos y siguen con furor las consignas republicanas de los centralistas. Policarpa decide irse a Bogotá para estar cerca de ellos. Vive la cotidianidad de la guerra de los santafereños recién independizados. Al principio no sabe muy bien qué es lo que pasa y cree suficiente decir que lucha por la libertad. Luego empieza a comprender los enredos de los federalistas y los centralistas. Apoya a los segundos porque son los que luchan por los intereses de los más desfavorecidos. En el sitio que las tropas de Antonio Baraya hacen de la capital, Policarpa participa activamente. Ayuda a transportar pertrechos y cañones. Les lleva alimentos y mensajes a los soldados. Les canta en las noches tonadillas que acompaña con el tiple para dulcificarles la valentía. Dicen que era una de las muchachas más preciosas del emolumento para sobrevivir y revolcándose con el primero que apareciera. Los españoles de Morillo suponían, valga la pena anotarlo, que todas las jóvenes del pueblo eran putas o estaban en camino de serlo. Pero Policarpa, que las cosas al respecto sean claras, sólo se dejaba tumbar por Sabaraín. Un día capturaron a los hermanos Almeyda y al novio, que acababa de salir de la prisión. Uno de los tres prisioneros involucró a Policarpa. Como a los tribunales de Morillo no les gustaba la lentitud, la enjuiciaron inmediatamente. Era revolucionaria, mientras los dos curas que iban a su lado le pedían arrepentimientos, resignación, compostura en las palabras. Cerca estaban el novio y otros conspiradores más. Saba-



raín logró gritarle, entre el gentío de la plaza, que la amaría hasta el fin de los tiempos. Extraña declaración de un amor que sólo duraría unos minutos más. A ella le ordenaron que se volteara para que muriera abaleada por la espalda, pues así debían morir los traidores. Se negó rotundamente. Prefirió morir arrodillada y poniendo sus tetas de frente a la fusilería. Le dijeron que su cuerpo, por ser instrumento del pecado, no sería expuesto en los lugares públicos. "¡Pueblo indolente, espavidos hideputas, todos mojigatos de mierda!", gritó cuando vio que el pelotón preparaba las armas y el pueblo colombiano de siempre, pusilánime e impávido, presenciaba los acontecimientos. Pero la historia prefiere recordar otras palabras. En tono declamatorio, y el fandango cesó para que se le oyera con claridad, Policarpa Salavarieta infló su hermoso tórax y entonó: "Pueblo de Santafé ¿cómo permites que muera una paisana vuestra e inocente? Muero por defender los derechos de mi patria. Dios Eterno, ved esta injusticia". En el óleo de Epifanio Garay, la Pola se ve bella y trágica. Los labios son tristes en sus pinteladas claras. Su cuello, esbelto y vigoroso. Los ojos poseen el brillo de la dolorosa aceptación del fin. El pelo se pierde por entre los pliegues del vestido lucetuoso con que habrá de enfrentarse a la muerte. Hay un hoyuelo en su mentón que recuerda esos otros dos hoyuelos escondidos. Los senos se ven, tras la tela, turgentes y enhiestos. Las manos que le ha hecho Garay, en cambio, que están posadas sobre una proclama libertaria, son torpes. Y esto es imperdonable en un pintor. **UC**

raín logró gritarle, entre el gentío de la plaza, que la amaría hasta el fin de los tiempos. Extraña declaración de un amor que sólo duraría unos minutos más. A ella le ordenaron que se volteara para que muriera abaleada por la espalda, pues así debían morir los traidores. Se negó rotundamente. Prefirió morir arrodillada y poniendo sus tetas de frente a la fusilería. Le dijeron que su cuerpo, por ser instrumento del pecado, no sería expuesto en los lugares públicos. "¡Pueblo indolente, espavidos hideputas, todos mojigatos de mierda!", gritó cuando vio que el pelotón preparaba las armas y el pueblo colombiano de siempre, pusilánime e impávido, presenciaba los acontecimientos. Pero la historia prefiere recordar otras palabras. En tono declamatorio, y el fandango cesó para que se le oyera con claridad, Policarpa Salavarieta infló su hermoso tórax y entonó: "Pueblo de Santafé ¿cómo permites que muera una paisana vuestra e inocente? Muero por defender los derechos de mi patria. Dios Eterno, ved esta injusticia". En el óleo de Epifanio Garay, la Pola se ve bella y trágica. Los labios son tristes en sus pinteladas claras. Su cuello, esbelto y vigoroso. Los ojos poseen el brillo de la dolorosa aceptación del fin. El pelo se pierde por entre los pliegues del vestido lucetuoso con que habrá de enfrentarse a la muerte. Hay un hoyuelo en su mentón que recuerda esos otros dos hoyuelos escondidos. Los senos se ven, tras la tela, turgentes y enhiestos. Las manos que le ha hecho Garay, en cambio, que están posadas sobre una proclama libertaria, son torpes. Y esto es imperdonable en un pintor. **UC**



Este retrato de La Pola en dos páginas hace parte de 23 perfiles, caricaturas, de Adiós a los próceres, el reciente libro de Pablo Montoya

Noticia de un encuentro

Pascual Gaviria



una entrada con una salida sellada, como toca. Pero no, en medio de las "enfermeras" de notaría, entintadas y vestidas de verde pálido, al lado de los mensajeros metidos en sus bolsas negras, destilando agua, al pie de las señoras abufandadas y de los abogados de paraguas inmarcesible, estaba Leo: en pantaloneta y camiseta azul de impecable Adidas, media blanca hasta la rodilla y zapatillas deportivas con tres cámaras de aire. Parecía que el diluvio de la tarde lo hubiera arrastrado hasta ese improbable escenario.

Me armé de papel y lápiz y le monté guardia. Estaba en busca de un autógrafo sencillo y sin autenticación para mi cónyuge, a quien hace unos años le despaché un aniversario con un garabato de El Pibe Valderrama y quedó feliz. Cuando la consejera notarial abandonó al personaje, lo abordé con timidez: "Leo, un autógrafo para Verónica", y le estiré el cuadrito de papel para que lo convirtiera en un tesoro. Sin levantar la cabeza, escribió "Besos para Verónica" y soltó su jeroglífico.

Entonces le hice un pase sencillo con la frase obligada del momento: "Y qué, ¿cómo le pareció el clásico, la goleada?" "Ahhh, más merecido que un putas, ese cucho habla mucha mierda". Se refería a Mourinho, por supuesto. Me convencí de que ya tenía a Leonel Álvarez como contentulio y que no necesitaba reconocimiento personal ante notario.

Decidí preguntarle entonces por el partido de Colombia, en febrero próximo, frente a la selección campeona del mundo, con sangre en el ojo después de dos derrotas y en el propio coso madrileño. "Y qué, ¿asustados para el partido de febrero?" "Nooo, esos son los buenos, ellos verán si se dejan golear", me dijo, refiriéndose a los jugadores con ese "ellos" que pone el profesor sobre los alumnos. Lo pensó un poco y remató: "Pero ojalá que no los goleen, porque echan a Hernán y me encargan a mí". Ese "encargan" en realidad quería decir "escartan".

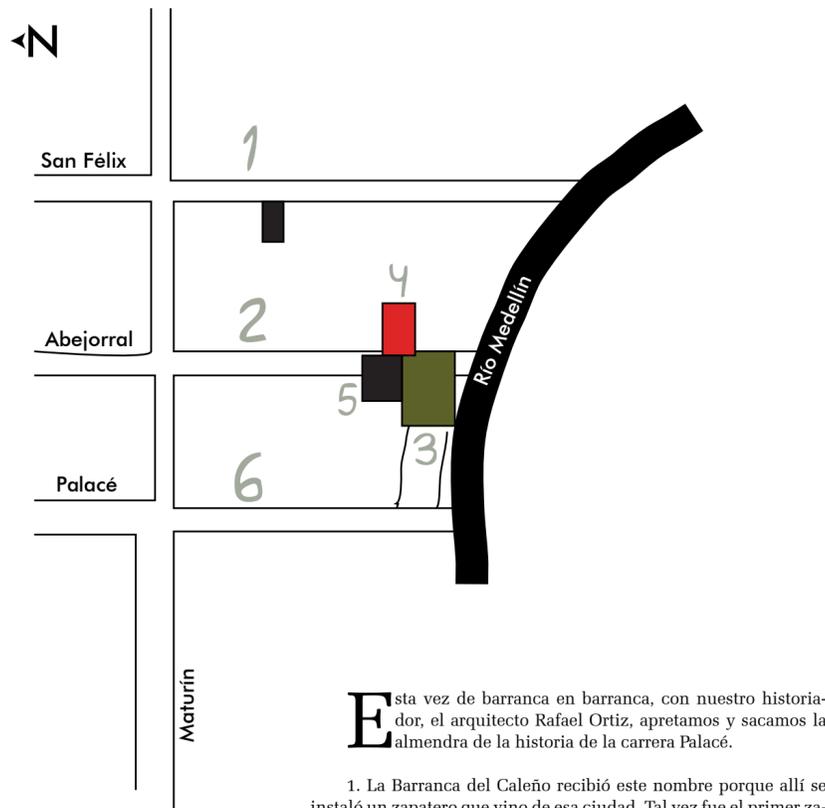
Pasé a las preguntas puntuales: "¿Y quién es pues el delantero para la selección, o los delanteros?" "Ah, eso depende del momento de cada uno" "¿Y Falcao?" "Vamos a ver, es que allá le juegan mucho a él, pero aquí tenemos que mejorar mucho en ataque. A mí me gusta pa'delante, a mí gusta el fútbol de ataque, me toca ir empujando a Hernán de a poquito porque usted sabe que ellos miran es pa'tras". "¿Y por qué no miran para donde Darwin?" "Sí, sí, aunque aquí vino a la selección y no mostró mucho, pero el pelao llegó lesionado".

Antes de que volviera su asesora en declaraciones extra juicio le pedí una declaración sobre el Pánzer Carvajal. "Pánzer no se deja ayudar mucho: ahí le están desbaratando el equipo. Yo le entregué la idea de mi plan de trabajo y mis pedidos si yo dirigiera al Medellín, pero no pasó nada con eso. Yo les diría: 'o me traen lo que pido o me voy'. Pero Pánzer...". Leonel no quiso terminar la frase —para qué decir que el Pánzer no puede pedir ni natilla—, y dijo: "Pero yo no puedo seguir trabajando en el Medellín".

Me llamaron para entregar mi bendita huella. Cuando ya estaba feliz en la notaría, el trámite estaba listo. Dejé con tristeza a mi contentulio, que brillaba como un pez fosforescente en una pecera de bagres pecosos. Ni siquiera le pregunté por el campeón de este semestre... Cualquiera equipo que me hubiera señalado hubiera sido el mío para las apuestas de fin de año. Ese sería el campeón, póngale la firma. **UC**

LAS TRES BARRANCAS

Byron White



Esta vez de barranca en barranca, con nuestro historiador, el arquitecto Rafael Ortiz, apretamos y sacamos la almendra de la historia de la carrera Palacé.

- 1 Barranca del caleño
- 2 Barranca de Ospina
- 3 Iglesia de San Antonio
- 4 Protección de la Joven
- 5 Buena Prensa
- 6 Barranca del convento

1. La Barranca del Caleño recibió este nombre porque allí se instaló un zapatero que vino de esa ciudad. Tal vez fue el primer zapatero que realmente sabía de cueros y calzado, y a muchos de sus empleados les enseñó a distinguir la carnaza de la piel, a conocer el material de la suela, amén de las herramientas necesarias para elaborar un buen zapato, de tal manera que sus ayudantes rápidamente aprendían el oficio, se independizaban y ponían su propio taller en la misma calle o barranco, por lo cual también se llamó la Barranca de los Zapateros.

2. La Barranca de Ospina se distinguió porque en su entrada había numerosas casas de tipo antiguo, que al quedar en poder de los artesanos fueron convertidas en inquilinatos. Otras fueron destinadas a especies de casas-teatro donde grupos de trabajadores representaban obras de la literatura universal y, por alguna extraña razón, si alguna persona de categoría lograba entrar a la función, lo apaleaban y podía salir herido.

3. En el otro extremo, es decir sobre San Juan, ya venía a quedar la iglesia de San Antonio, con su entrada principal de escalinatas y su popular misa de cinco de la mañana, muy concurrida por pescadores y cazadores que salían justo a tiempo para recoger del atrio las jaurías, desayunar en el Café Balcanes y tomar el tren de seis rumbo a los pescaderos que el río Medellín prodigaba desde Barbosa hasta Cisneros.

4. Por el frente existió La Protección de la Joven, una institución a cargo de monjas y financiada por familias ricas, con la misión de hospedar a las muchachas que venían de los pueblos a trabajar en la ciudad, sin cobrarles nada; además les enseñaban desde el manejo de una casa en todos sus aspectos (cocina, entredaría, recepción, etc.) hasta a bordar costuras invisibles en paño.

5. La Buena Prensa se llamó la tipografía más grande del país en su momento. Pertenecía a la comunidad de los franciscanos y producía, para ser distribuidas por toda Colombia, novenas de todos los santos en sus distintas advocaciones y aquellas tarjetas de duelo conocidas como recordatorios.

6. La Barranca del Convento fue originalmente un camino que la gente utilizaba para ir al baño de la Peña de los Monjes, y posteriormente sufrió varias transformaciones (de las que ya hablamos en el número 16 de UC): de Barranca pasó a ser Camellón del Convento, después Calle del Comercio, hasta convertirse en Palacé.

Dicho baño quedaba en lo que hoy es la calle San Juan y era el favorito de las gentes que vivían en ese sector.

Corocito

Había en la pequeña aldea que era Medellín, al otro lado de la quebrada Santa Elena, por el norte, grandes mangas y guayabales. Y al pie del puente de Junín una fragua o herrería cuyo amo y señor, Corocito, un gigantesco negro de fuerzas hercúleas, se entretenía reventando corozos con los dedos. Tenía el herrero muy buena clientela, pues al fin y al cabo era el único de la población, y una morena mestiza de gran belleza como compañera, que muchos trataban de seducir.

Cualquier tarde alguien le llevó el chisme de que su mujer le era infiel, y Corocito, aprovechando que ella le llevaba el almuerzo todos los días y volvía a la casa después de conversar un rato, empezó a seguir la pista. Era fácil pues también le habían informado el nombre del supuesto amante, de tal modo que se quedaba trabajando como si nada y al cabo de unas dos horas se emboscaba para atisbar la puerta ajena por donde debía salir la infame después de disfrutar del ilícito amor.

Tras varias frustraciones al fin un día la vio salir de la casa de su enamorado. Sin embargo, tranquilo, volvió a la fragua, a trabajar común y corriente. Al sábado siguiente le dio a su amada con qué comprar un par de gallinas para preparar un sancocho el domingo, de paseo. Después de oír misa caminaron rumbo al Alto de las Sepulturas, el que hoy conocemos como el cerro de El Salvador. Mientras estaba el sancocho, Corocito, muy atento y formal, la llevó a divisar el Valle del Aburrá; luego, después de almorzar, le dijo: icamine asomémonos a aquel lugar que no recorrimos! Por los lados del hoyo de El Salvador encontraron una tumba de indios ya sacada y sin tapar de nuevo, en el fondo se veía dispuesto un palo puntudo, aguzado como para ensartar algo allí. La mulata preguntó a Corocito que para qué sería el palo y él le contestó agarrándola por la cintura y lanzándola al hueco: Para clavar traidoras.

Ahí la dejó. La encontraron varios días después. A él nunca pudieron localizarlo. La gente, crédula, comentaba que era el diablo el que la había matado y que en todo el alto se sentían espantos. Entonces la curia puso tres cruces para alejar los malos espíritus y desde eso pasó a ser el Alto de las Cruces. UC

Diatriba de desamor contra las morrongas

Alejandra López

Morronga, según el diccionario de la Real Academia Española, es simplemente una gata. En el Valle del Cauca, denominamos morronga o morrongo a todo aquel que tira la piedra y esconde la mano. Ese o esa con carita de yo no fui que en realidad es más peligroso que Caín borracho...

Confieso que las caleñas, no todas, pero una gran mayoría, son (¿somos?) unas lobas de primera categoría. Lobas, buenas con tetas y culos de silicona, mal vestidas y mal habladas. Pero tenemos lo que las paisas no tienen: somos frenteras y si vamos a putear, puteamos de frente. Mejor dicho, un tipo sabe a qué atenerse con una caleña. Cosa que no creo que pase mucho con las paisas, pues con esas nunca se sabe.

En realidad hay muchas cosas que me enfurecen de las paisas: esa rezadera que cogen desde chiquitas, esa golpeadera de pecho, esa lagrimeadera, ese machismo, esa sumisión, ese modo de complacer al hombre en todo (un amigo las describe como divinas, jodidas como ellas solas y complacientes a morir una vez las tienes), esa forma de hacerle creer al tipo que acompañan que siempre tiene la razón y, sobre todo, de perdonarle lo imperdonable: robo, traqueteo, delincuencia, bandijaje, asesinato... eso por no hablar de infidelidad, maltrato y otros asuntos caseiros no menos importantes. Me enfurece ese matriarcado tan violento que tienen montado y sobre el cual se basó en gran parte la cultura del sicariato del Cartel de Medellín: "yo mato para comprarle la casita a la cucha". Me enfurece esa manera de lograr que siempre, pero siempre, se les vean los calzones cuando se sientan (y la rayita del culo). Pero en esencia lo que más me enfurece, me saca de quicio y me enferma es esa mo-

rrongueta de las mujeres paisas: con sus caritas de niñas buenas que no matan una mosca, sus maneritas, su paradito, su vestidito y sobre todas las cosas de la vida: su habladito come mierda de niñas consentidas, huecas.

Pero vamos por partes:

1. Son lindas y eso no lo niega nadie. La mayoría de los hombres suele decir que Medellín es un verdadero paraíso, pues allá están las viejas más divinas de Colombia. OK. Se los dejamos y lo admitimos. Las paisas son unas churras y ante eso no hay nada que hacer. Mamacitas. Aplauso, clap clap. Pero eso sí, y esto no se puede negar:



Medellín —como Cali— también es la feria de la silicona y de las mujeres de los traquetos. Las mamacitas esas por las que suspiran todos los hombres, obviamente sólo se suben a carros de traquetos, sólo salen con traquetos y sólo toman whisky con traquetos. Son unos mujeronos inalcanzables, a menos que usted, señor, tenga mucho billete para poder pagar una noche de habladito paisa en su oído ¡Qué rico!

2. Lo de la rezadería parece que se los inyectaran desde bebés. O mejor: parece que es algo que llevan en el ADN. Paisa que se respete tiene alguna virgen, crucifijo o santo colgado en al-

gún lugar de la casa. Tiene rosario (y se lo sabe), va a la iglesia sin protestar, bautiza a sus hijos y obviamente, ni qué decirlo, se quiere casar de blanco, por la iglesia y hasta que la muerte los separe. De hecho casi todas se casan hasta entonces, pues al aguardiente antioqueño con un grupo de mujeres paisas cuando no tienen a ningún hombre al lado a quien aparentarle nada. Hay que reconocer también que hay mujeres paisas muy ilustres, como doña Débora Arango —la primera mujer en pintar desnudos en Colombia—, Bertha Hernández de Ospina —primera dama que peleó por el voto femenino—, Mariana Arango Trujillo —primera profesional graduada del país— o Piedad Córdoba —el único ser que puede liberar secuestrados, ser amiga de Chávez y sostener un turbante en la cabeza sin que se le mueva un pelo.

4. Y lo de la morrongueta, pues digamos que es un defecto congénito. Habría que invitarlas a Cali para que las lobas de allá les enseñen la lección: uno puede ser malgeniada, llorona, quejetas, mimada, caprichosa, machista, hueca, piroba, gasolinera, zángana, interesada, ninfómana, perra, zorra, loba, guaricha, vergajá, culera, abeja, ponerse o quitarse las tetas y el culo, vestirse como uno quiera e incluso ser la mejor calentahuevos del mundo. Pero de frente. Al fin y al cabo las mujeres tenemos derecho a ser como nos dé la regalada gana ser. Y al fin y al cabo estamos en el gobierno de Juan Ma, un tipo *open mind*, al que nada escandaliza (para algo le ha de haber servido su tiempo en Londres). Yo estaría de acuerdo con todos mis amigos que dicen que las paisas son divinas y son lo máximo de lo máximo de lo máximo. Estaría de acuerdo si dejaran de aparentar tanto y si tiraran la piedra y se quedarán impávidas ante los estragos. UC

3. Hice una pequeña encuesta entre mis amigos hombres y casi todos respondieron que las paisas son divinas y que son lo máximo de lo máximo de lo máximo. Y en verdad tienen miles de cosas buenas: son emprendedoras, buenas mamás (aunque esto puede ser discutible, pues les hacen todo a sus hijitos desde niños: les tienden la cama, les quitan los zapatos, se los ponen, les lavan, les cocinan, les planchan y obviamente les enseñan a sus hijas a servirles a sus hermanitos y ay donde la niña no atiende al hermano). Pero en fin, digamos que esa sumisión y

Plato tapas \$6.000
Menú de mercado \$11.000
6 cervezas \$12.000

presentando este volante recibe un plato de tapas

LA FIAMBRERÍA
TAPAS Y COCINA DE MERCADO

Parque del Poblado cr 43b #8-52 tel.311 59 27

La Fiambrería es una novedosa propuesta sinérgica psicodélica de sabores, arte y cultura que te hará disfrutar de un mundo reinado en época de crisis. Ven y alucina la cocina con platos creados con lo más fresco del mercado



el rincón refrito de truchafríta



ESTILARIO

Raúl Trujillo

(Desde Buenos Aires, exclusivo para UC)

Cuando veo cómo conviven las marcas de todo tipo en un estilo que supera, y en mucho, la mera suma de ellas, entiendo un poco esa idea de la personalización que irrumpió con la llegada de la cibercultura a las grandes ciudades. En ellas, depósito de neónomas planetarias, el atavío —linda palabra castiza para definir el traje, el adorno y la forma de llevar— resulta siendo mezcla y yuxtaposición de piezas venidas de viajes por los más recónditos lugares, de la mente y del guardarropa familiar, ese del que puede sacar provecho un buen editor con magia de ritual tribal para encontrar su marca personal.

Vivi, en su estilo global, tiene un acento paisa que otras veces hemos resaltado como el espíritu de Medejean, que figura en la base del estilo relacionado con el jeanswear que tantos años ha producido nuestra ciudad y que pertenece al imaginario globalizado sobre lo americano —léase USA—, pero que ha sufrido modificaciones en su ajuste al cuerpo respondiendo a la intención del joven fashionista, conocedor y a la vez detractor del sistema de la moda. La vaquera dobladita tres cuartos —a la altura de una clásica manga de Chanel, que la impulsó por cómoda para trabajar— solo se logra tras el hábito de unas buenas horas de estudio del arte y la cultura visual, y claro, otras tantas de estilismo frente al espejo, más que con mucha vitrina o revistas de moda por montón. La verdad es que es un espíritu creativo especial, y en estos tiempos el saber hacerte memorable sin recurrir ni a la pornografía ni al disfraz puede ser una parte fundamental de existir.

Vivi, más sensible a la rica mundialización y con un hippie en el alma, lleva un peinado con trenzas y tejidos que tiene un lejos Frida K. y suma puntos étnicos al pareo, delantal o chiripa —así este sea de tela bien sintética, lagarto de petróleo—, el origen elemental de la forma siempre y sus formas al envolver el cuerpo, como etno lo delatarán. Bien marketinera pero antiglobalización, la cultura americana y sus símbolos han sido remixados por Vivi al llevarlos como souvenirs por el mundo del vaquero y coca cola, y hasta el mismo Nike town. Allí abajo, contra el suelo, unas botas de origen ochentero que ahora se apropian los skaters sirven de soporte a esta flor que decidió marcarse tatuándose en la pantorrilla una otra flor.

Como riéndose del mundo en otra versión más de sí misma, Vivi se sonríe y eso en esa cara tan bella es como ver la luz del sol brillar. Sonríe tal vez porque juega a la señora de cartera con su trajecito Chanel y el collar de perlas escra-chados por el disfraz de grunge trash. **UC**

Viviana Palacio es artista plástica



Microficción Periodística

DECIDE ASISTIR SOLO A FESTIVAL DE CINE

Santa Fe de Antioquia (A-Pin). Tras haber asistido en compañía de amigos a las últimas ediciones del Festival de Cine y Video de Santa Fe de Antioquia, el joven Francisco Mejía decidió venir en solitario a su XI versión. “Siempre alquilábamos finca y veníamos en combo, pero esta vez me divorcié de ellos porque quiero soyarme en forma el Festival”, declaró Mejía, quien al momento de ser abordado por este medio se hallaba en una banca del parque principal del pueblo. “Venir con compañeros y amigos es bacano pero a veces hay mucha rumba”, agregó el estudiante de audiovisuales. Según un vendedor de artesanías del sector, Mejía llevaba varios minutos observando la programación del Festival y se había fumado un cigarrillo cuando afirmó: “No me quiero perder nada de la Nueva Ola Francesa pero está difícil porque se cruzan películas de Truffaut y Godard. Muy teso elegir”, sentenció el joven, quien se alojó en un hostal dentro del casco urbano del municipio. A-Pin quiso hablar con amigos del afectado pero no fue posible: “Llegan mañana”, concluyó Mejía.

Por: Ireneo Espósito

Opinión

LA VENTAJA DE DORMIR EN CINE

vvPor lo general, todos los domingos tengo insomnio. Durante el día me dedico con esmero a vegetar frente a la pantalla del tv o el pc, o eventualmente (porque todo el cine que quiero ver tarda en llegar y recorro al sagrado derecho de la piratería) frente a una pantalla de cine, y cuando llega la hora de dormir estoy cansado de descansar y por eso no duermo. Intento todo, alguna vez troté alrededor de mi cama, hice flexiones de pecho, abdominales, sentadillas y otros ejercicios difíciles de mencionar con el objetivo de caer rendido como una piedra pero lo que logré fue sudar los calzoncillos. Leo y no me da sueño. Veo programas de cocina y no me da sueño. Escucho música triste y no me da sueño. Tomo leche tibia y me da sueño pero la excursión subsiguiente al retrete me lo quita. Necesito encontrar un remedio para el insomnio de los domingos.

Últimamente he pensado que lo mejor sería proveerme de una gama de películas endiosadas por la crítica que a mí definitivamente me han sedado. Recuerdo que en un ciclo de Tarkovski solo alcanzaba a ver los primeros minutos de las películas y las últimas líneas de los créditos: el intervalo era un plácido recorrido por la nada. Claro, cuando estoy junto a los cinéfilos más eruditos yo hablo maravillas de Solaris (que no he visto completa pero tiene un título fácil de recordar), le doy a mi voz tono conmovido cuando se habla de Nostalgia (que no he visto completa pero de la que recuerdo una buena fotografía), y si los cinéfilos más críticos empiezan a enumerar las películas que han visto completas de este director yo participo en el concurso diciendo

Stalker (que aún no he podido ver pero como es una ficción científica de nombre potente me hace sentir vanguardista y poco complaciente).

Pero Tarkovski no es el de la culpa, la culpa es mía por preferir los vaqueros, los zombis y los ninjas, aunque entre esas preferencias geeks que son tan comunes en estos tiempos modernos también hay mucho de donde elegir si se quiere preparar un remedio contra el insomnio. Me pueden inocular por esto pero soy incapaz de digerir completo cualquier episodio de La guerra de las Galaxias: nada más adormecedor que esos diálogos eternos en los que diplomáticamente se juega el destino del universo cuando lo único que uno quiere ver es sangre (así sea verde como Yoda) o rayos láser haciendo explotar gente viva. Los monstruos galácticos, las naves espaciales, los guerreros de poderes psíquicos no tienen mucho impacto si se dedican a conversar y hacer chistes flojos como los de Han Solo. Yo creía que en el episodio 1, 2 y 3 la historia sería distinta pero lo único por lo que no me quedé dormido fue porque de vez en cuando salía Natalie Portman y porque me habían dicho que en la tercera parte muestran cómo descuartizan al futuro Darth Vader.

Los domingos suelo añorar los momentos en que me quedo dormido fácilmente en el cine y envidio mucho a la gente que sin excepción cae privada frente a una película, como mi padre, que incluso a veces roncaba y siempre tenía el descaro de decir que la película era una cinta o renegar si pensaba que había sido una lata. (Exclusivo de Cine-estesia.org para Agencia Pinocho)

AMADO LECTOR:
El sitio web de AgenciaPinocho.com proyecta cortometrajes escritos y otros experimentos los 365 días del año. No se haga el difícil, y visítenos sin avisar. Está en la sala de su casa.

Querido espectador que lee: en esta edición de Agencia Pinocho encontrará los vestigios de un sueño. Un sueño del que todavía no queremos despertar porque fue un sueño de sol y de cine, de noches frescas y euforia llevada con destreza. El festival de Cine y Video de Santa Fe de Antioquia que acaba de pasar nos regaló magia. Y con esto le pagamos. ¡Acción!

Fotonoticia

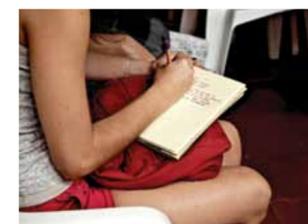


VEN CINE BAJO LA LLUVIA

Durante el único aguacero que cayó en el festival de Cine y Video de Santa Fe de Antioquia, una pareja continuó presenciando tranquilamente una función de cine al aire libre. Según testigos, unas sesenta personas asistían a la proyección de la película Fuego Fátuo, de Louis Malle, en el Parque Santa Bárbara: “Cuando empezó a llover algunos se pararon, pero apenas se puso fuerte la cosa hubo desbandada general”, relató Carlos Velásquez, encargado de logística. Vásquez contó que inmediatamente se dispusieron a suspender el largometraje: “Pero de pronto vimos que una pareja y otras personas habían sacado paraguas y seguían como si nada”. Ante esto, el personal de la organización decidió premiar a quienes se mantuvieron en sus sitios y dejaron rodar la película. “Como el proyector y la pantalla tenían cubierta y techo, no fue ningún problema”. Este diario intentó ubicar a la pareja para recoger su testimonio, pero el reportero gráfico, maravillado con la escena, simplemente lo olvidó. (Fotografía y datos de Juan Soto).

Poema Informativo

MUJER ABANDONA VIDA DE TRUFFAUT ANTES DE TIEMPO



Un auditorio en tierra caliente
Viento fresco plantas colgantes
Ciento y pico de cinéfilos
y cinéfilas
escuchan de un bigote atento
la vida y obra de François Truffaut
1932 - 1984

Su amor por la pantalla la vida y las mujeres
Ahora en oídos de una damita
pantaloncitos cortos piernas largas
que llega tarde
labios rojos muy bien pintados

“El 19 de enero de 1950...
en la función de las cuatro
conoce a Lillianne
el flechazo fue total”

Cortitos rojos se inclina hacia la izquierda
y recibe un secreto de su amiga en contrabando

“...es la historia de un grupo de muchachos
y una joven hermosa que los obsesiona”

Piel blanca se levanta un poco el pelo
roza su mejilla con la mano

“...jóvenes naturalmente provocativas
ante las cuales estábamos obligados a
retroceder
y abrazar las paredes de la vida”
Lee atento bigote

Cortitos rojos toma un mechón de pelo
lo enrolla entre sus dedos

“Tenía la tendencia a enamorarse
de todas sus actrices”

Piel blanca saca un cuaderno toma nota:
“...Un cine que SE ACERCARA MÁS A LA
REALIDAD
Mujeres. Infancia. Muerte. Sus mundos”.

Sonríe saluda recta a un punto lejano
afuera del salón
Alguien la llama a ella y a su amiga

“El de Truffaut no es un cine intelectual.
Es un cine de los afectos”
Prosigue su charla atento

Mientras piernas largas se retira para
cumplir
una cita con los rayos del sol
contra una piscina sin olas
en tierra caliente
lejos de Francia

1 ¿Cuándo llega al puesto de distribución de UC ya se ha agotado el periódico?

2 ¿No tiene tiempo de recogerlo?

3 ¿Es de aquellos que sería capaz de leérselo todos los meses, si pudiera?

4 ¿Le gustaría tener alguna de las portadas de UC tamaño afiche para colgarla en el cuarto?

5 ¿Estaría dispuesto a pagar unos pesitos por un periódico de distribución gratuita por el solo placer de que le llegue a la casa?

SUSCRÍBASE ▶ \$90.000 Medellín
\$130.000 resto del país

LE LLEVAMOS 11 NÚMEROS ANUALES HASTA SU RESIDENCIA, PARA QUE LO DISFRUTE EN SU POLTRONA PREFERIDA.

suscripciones@universocentro.com

CUALQUIER COSA. MENOS QUIETOS
UNIVERSO CENTRO

CRÓNICA VERDE

Un botánico en la corte

Hace un mes estuvo en Medellín, en el Parque Explora, el antropólogo y botánico canadiense Wade Davis. Escritor de El Río, un libro que cuenta su historia siguiendo los pasos, los consejos y los bejucos que le dejó su maestro Richard Evan Shultes. Es seguro que el escenario no era del todo extraño para Davis. En sus muchos recorridos detrás de las plantas en las selvas de América, Medellín fue una de sus estaciones y específicamente una pieza en el Jardín Botánico le sirvió como covacha temporal: "El Jardín, ubicado en el norte de la ciudad, es un ostentoso conjunto de edificios neocoloniales apartados del barrio que los rodea por enormes muros blancos coronados con alambres de púas y pedazos de vidrio". Ese Jardín, que los vecinos miraban todavía como la finca de un ricachón, espantó a Davis. El hombre salió para una finca en Guarne que le sirvió como estación en el interior.

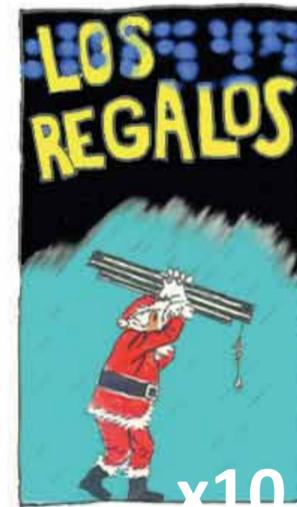
Pero los lectores de la Crónica Verde dirán que rasco, armo y divago antes de llegar al tema obligado. Comencé con Davis porque estuvo en la casa y se encarga de contar la pequeña hazaña entre rábula y botánica de Shultes en defensa de los

marihuanos gringos en los años sesenta. Shultes fue el jefe bibliográfico, el clasificador, el santón académico, el chamán de la Psicodelia en Harvard. Basta decir que sirvió de guía y bastón de William Burroughs en su camino hacia el Putumayo en busca del Yage: "Me he unido a una expedición, por supuesto que con nada claras funciones, formada por el Dr. Shultes, dos botánicos colombianos y dos especialistas en basura ingleses de la Comisión de la Coca". Es seguro que Burroughs era muy útil como brújula de la expedición.

Ya he hablado de Yagé y de la coca, y la marihuana todavía no asoma sus humos densos. Pero ahí va. Resulta que Shultes, a pesar de su conservadurismo que lo hacía votar por la Reina Isabel II, era un maniático en la defensa de las libertades individuales, un romántico que cambió la corbata por la cerbatana. Su decanatura en el uso de las drogas alucinógenas lo llevó a defender por distintas ciudades de Estados Unidos a ciudadanos condenados por posesión de marihuana. Shultes distinguió tres especies distintas del mismo moño, tres plantas divinas y un solo cogollo verdadero: cannabis sativa, cannabis indica y cannabis ruderalis. La ley norteamericana hablaba de posesión

de cannabis sativa. Así que Shultes viajaba a los juicios como testigo experto y declaraba que no existía manera de probar, fuera de toda duda razonable, que aquella hierba que la fiscalía tenía en una bolsa era en realidad cannabis sativa y no cannabis indica o ruderalis. La audiencia penal se convertía entonces en una discusión botánica que ni el juez ni el jurado ni el fiscal comprendían. Shultes argumentaba con fingida severidad. Dado que en la aplicación de la ley penal es absolutamente necesario que la conducta del infractor coincida con lo descrito en el código -lo que los abogados llaman tipicidad- al juez no le quedaba más remedio que liberar al marihuanero confundido que salía del edificio del juzgado diciendo: hierba no hay sino una.

Según Davis las evidencias a favor de la posición de Shultes eran bastante dudosas. La variación morfológica entre las tres supuestas especies pudo haber sido una simple selección artificial. Pero valía la pena inventar una especie para salvar otra. **UC**



andrea
katich
kurk fisioterapeuta

Clínica Medellín El Poblado calle 7 n° 39 - 290 cons. 1301
tel. 352 47 35 cel. 310 413 73 15 andreakatich@une.net.co

Siente **tu Área**

Nos movemos
por el aire



Área Sostenible
Gestión ambiental metropolitana

¡Atención! Recientes mediciones de la Red de Monitoreo de Calidad del Aire del Valle de Aburrá indican que en el centro de Medellín el material particulado de 2.5 micras ha disminuido en un 15% con respecto al año 2008. Nos movemos por el aire.

Área 30
METROPOLITANA
Valle de Aburrá
AÑOS
1980
2010